

Historias del Eje Cafetero

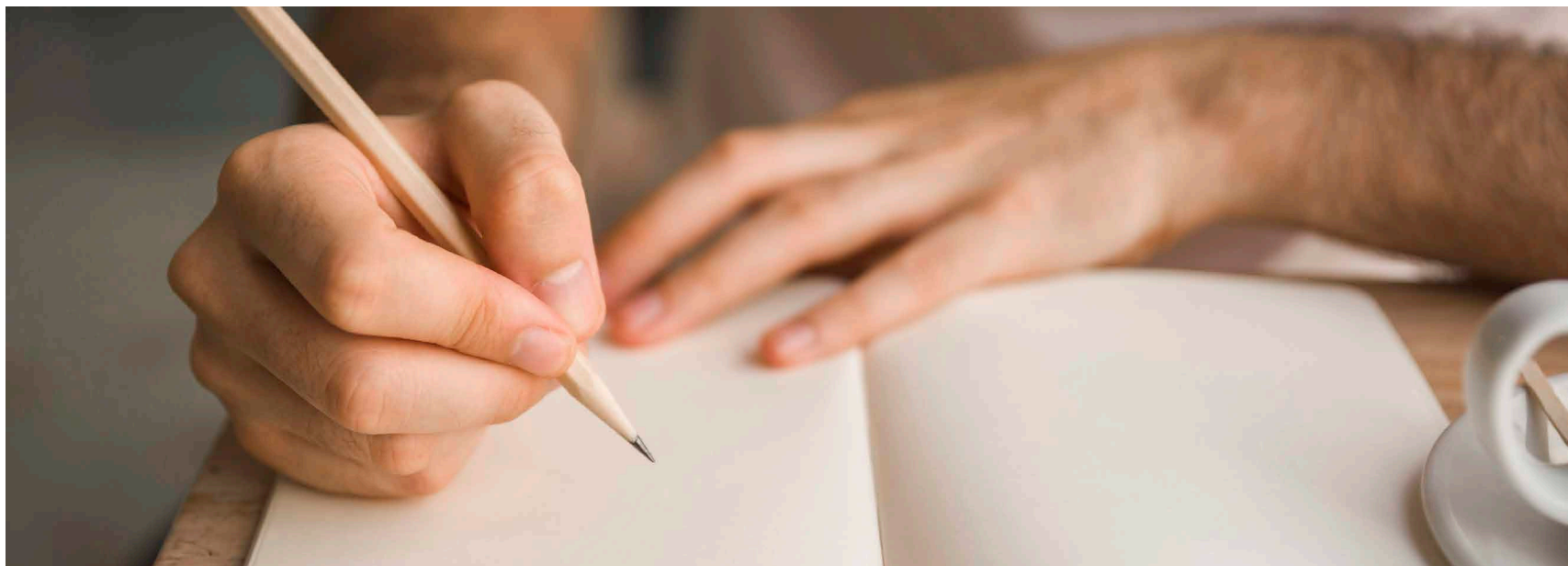
Memorias del Concurso



Con el respaldo y experiencia de



Autores



María Paz Nureña	Simón Cardona	Sergio Rojas Ramírez
Luz Elena Salgado	Ligia Moreno Moreno	Juan Esteban Parra Cano
Salomé Ortiz Marín	Sandra Patricia Posada	Jaidier Andrés Álzate
Genny Andrea Marín Patiño	María Paz Buitrago	Nicolás Castaño Arias
Gabriela López García	Nicolás Betancurt Quintero	Valentina Marín Llano
Héctor José López Quintero	María Guadalupe Echeverry Casas	María Fernanda Marulanda Bedoya
Isabela Buitrago	Erica Tapasco	Luisa María Gutiérrez Restrepo
Mariana Solano Bernal	Hilary Tapasco	Juan Camilo Ramírez Herrera
Camila Huertas Ortiz	Emanuel Tapasco	Jesús Manuel Ladino Botero
Miguel Ángel Asprilla Moreno	Miguel Tapasco	Isis Mariana Mancera Contento
Salomé Silva Hoyos	Luciana Rojas Ramírez	

Historias del Eje Cafetero. Memorias del concurso “Cuenta con Efigas” 2022 y 2023

Primera edición 2024

Impreso y hecho en Colombia/ Printed and made in Colombia

Programa “Cuenta con Efigas” en alianza con la Fundación Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano, Fundación CINDE.

Manizales, Caldas, Colombia

2024

Jhoana Patiño López

Coordinadora y Asesora Pedagógica

David Arturo Ospina Ramírez

Diseño y Diagramación

Katherine Restrepo

Daniel Olivera

Correctores de Estilo

Yahira Melissa Restrepo Echavarría

Gestión Editorial

Fundación Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano – CINDE

Autores: María Paz Nureña, Luz Elena Salgado, Salomé Ortiz Marín, Genny Andrea Marín Patiño, Gabriela López García, Héctor José López Quintero, Isabela Buitrago, Mariana Solano Bernal, Camila Huertas Ortiz, Miguel Ángel Asprilla Moreno, Salomé Silva Hoyos, Simón Cardona, Ligia Moreno Moreno, Sandra Patricia Posada, María Paz Buitrago, Nicolás Betancurt Quintero, María Guadalupe Echevery Casas, Erica Tapasco, Hilary Tapasco, Emanuel Tapasco, Miguel Tapasco, Luciana Rojas Ramírez, Sergio Rojas Ramírez, Juan Esteban Parra Cano, Jaider Andrés Álzate, Nicolás Castaño Arias, Valentina Marín Llano, María Fernanda Marulanda Bedoya, Luisa María Gutiérrez Restrepo, Juan Camilo Ramírez Herrera, Jesús Manuel Ladino Botero, Isis Mariana Mancera Contento.

Se autoriza la reproducción del contenido de esta obra con fines de divulgación educativa siempre y cuando se cite la fuente.

Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano – CINDE

Sede Medellín: Calle 77 Sur No 43 a – 27. Sabaneta Antioquia. PBX (+57-4) 444 8424

Sede Bogotá: Calle 93 No. 45 A 31. Barrio La Castellana

Sede Manizales: Calle 59 No. 22-24 Barrio Rosales

Efigas

Av. Kevin Ángel # 70 – 70, Manizales, Caldas

Línea Única de Atención 018000966344

Historias del Eje Cafetero. Memorias del concurso “Cuenta con Efigas” 2022 y 2023 / María Paz Nureña, Luz Elena Salgado, Salomé Ortiz Marín, Genny Andrea Marín Patiño, Gabriela López García, Héctor José López Quintero, Isabela Buitrago, Mariana Solano Bernal, Camila Huertas Ortiz, Miguel Ángel Asprilla Moreno, Salomé Silva Hoyos, Simón Cardona, Ligia Moreno Moreno, Sandra Patricia Posada, María Paz Buitrago, Nicolás Betancurt Quintero, María Guadalupe Echeverry Casas, Erica Tapasco, Hilary Tapasco, Emanuel Tapasco, Miguel Tapasco, Luciana Rojas Ramírez, Sergio Rojas Ramírez, Juan Esteban Parra Cano, Jaider Andrés Álzate, Nicolás Castaño Arias, Valentina Marín Llano, María Fernanda Marulanda Bedoya, Luisa María Gutiérrez Restrepo, Juan Camilo Ramírez Herrera, Jesús Manuel Ladino Botero, Isis Mariana Mancera Contento. - 1. ed. Manizales, Colombia: Efigas, Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano. CINDE, 2024. 63 p.: il. col.: 14 x 22 cm.

ISBN: 978-958-5150-47-8

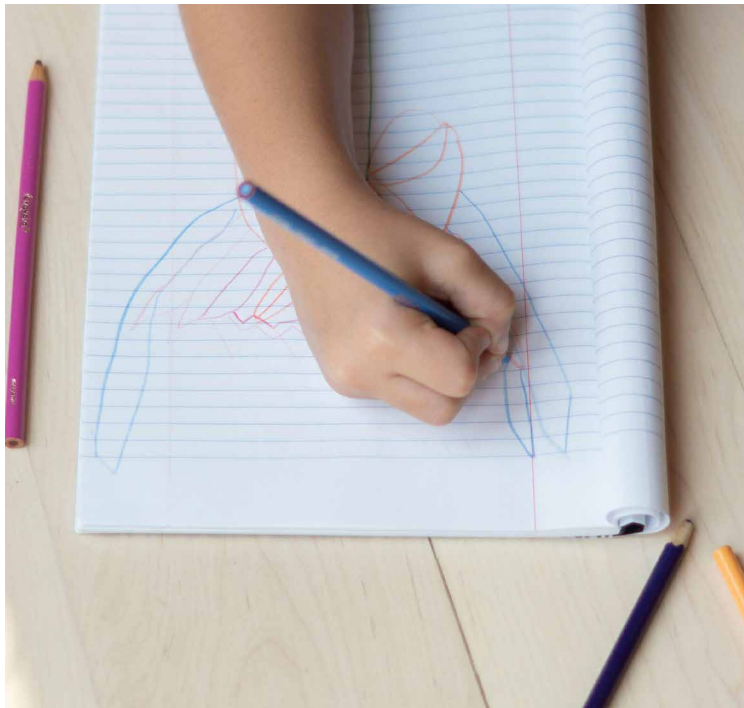
1. Programa de Lectura, Escritura y Oralidad. 2. Lectura. 3. Escritura. 4. Concurso Literario.
5. Antología de Cuentos.
Tesoro de la Unesco

Presentación

Cuenta con Efigas fue fundado en el año 2015 como una estrategia de impacto e inversión social de La Empresa Efigas. Desde el año 2020 el programa se desarrolla en alianza estratégica con **La fundación Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano-CINDE**, encargada de asesorar y coordinar técnica, pedagógica y metodológicamente el programa.

Actualmente este programa opera como una iniciativa de animación sociocultural a la oralidad, la lectura y la escritura en los territorios del Eje Cafetero; cuyo propósito es el fortalecimiento del ecosistema de lectura, escritura y oralidad (L.E.O) mediante procesos articulados y sustentables de formación, democratización, investigación y comunicación de estas prácticas, con niños, niñas, jóvenes y adultos de sectores rurales y urbanos.

Una de sus estrategias de democratización de las prácticas de Lectura, Escritura y Oralidad es el **Concurso de Cuento, Poesía y Narración “Cuenta con Efigas”**. Este concurso se realiza anualmente y han participado en él más de 4000 mil personas.



Busca en primera instancia, fomentar el espíritu y la capacidad escritural y narrativa en niños, niñas, jóvenes, familias y mediadores LEO del Eje Cafetero. En segunda medida pretende reconocer la diversidad de prácticas de lectura, escritura y oralidad y promover a su acceso y uso como derechos fundamentales.

Para el año 2023 el programa ha apostado por la edición y publicación de un libro digital de divulgación que, recopila los textos ganadores en las diferentes categorías del concurso, entre los años 2022 y 2023.

Con este libro digital el programa hace un reconocimiento a los ganadores y los anima para seguir desarrollando su gusto por las letras; así mismo, le ofrece a toda la comunidad de animadores LEO del Eje Cafetero este material como una herramienta para sus prácticas y procesos en territorio.

En este libro, los lectores encontrarán una variedad de textos que narran diversas historias escritas por niños, niñas, jóvenes, adultos y familias habitantes del Eje Cafetero. Muchos de ellos habitan espacios rurales o urbanos en los que nunca han tenido la oportunidad de participar en espacios y procesos de formación y animación LEO; tampoco hacen parte de grupos o semilleros literarios, ni han recibido acompañamiento especializado sobre técnicas de escritura creativa. Sin embargo, tienen un gran espíritu e interés por las prácticas de lectura y escritura y gozan creando y narrando historias.

En ellas parecen experiencias de personajes cotidianos que habitan nuestras casas, barrios, escuelas, calles, oficina y redes sociales. Personajes que son retratados desde las voces y visiones de los niños, niñas, jóvenes, maestros, padres y madres, abuelas y hermanos que se aventuraron a escribir con su puño y letra, a inspirarse y dedicar un tiempo a la creatividad con las palabras.

Les invitamos a leer estas historias como un reconocimiento al espíritu literario y creador que habita en nuestra región, para que aquellos que aman la escritura y la lectura avancen en el camino de ser narradores, escritores y lectores. Impulsemos nuestros talentos, creamos en nuestras semillas, contemos nuestras historias y escuchemos otras voces.

Y si quieren conocer más de nuestro concurso, les invitamos a que consulten en

<https://programacuentaconefigas.com/concurso-de-cuentos/>

Equipo de gestores del Programa Cuenta con Efigas

Ganadores año

2023

Categoría familiar

Chinchiná, Caldas.

María Paz Nureña y Luz Elena Salgado

La sorpresa

Aquella mañana del mes de octubre, Juan se levantó temprano como de costumbre. Lo extraño fue que rechazó el desayuno, que se metió en el baño, se vistió de prisa y se dispuso a salir. Antes de hacerlo se dirigió a mí, soy su mamá, y dijo: “tengo que contarte algo”. Acto seguido se fue dejándome a la expectativa. Aquella frase me dejó pensativa, su comportamiento no era el habitual, aunque me tranquilizaba la única razón de que no se lo veía preocupado o asustado, sencillamente parecía apurado.

Juan me había causado otros tipos de preocupaciones, por ser un chico que creció sin la figura paterna, por lo cual me siento culpable. Yo trataba de hacerle la vida un poco más fácil; sus hermanos mayores habían contado con su papá, que siempre estaba pendiente de ellos tanto en las buenas como en las malas.

En el transcurso del día comencé a recordar situaciones difíciles de su niñez y adolescencia, situaciones que superamos con el apoyo de sus hermanos, que siempre fueron buenos y amorosos con él. Vino a mi memoria un recuerdo puntual. Siendo bebé, Juan, padeció fuertes dolores de oído por una infección, que fue la culpable de que en apenas unos pocos meses dejara el tetero.

Recordé los momentos en donde los amigos de sus hermanos le celebraban las travesuras, mientras disfrutaban de su particular forma de creerse así parte del grupo. Tenía para ese entonces 4 añitos. En tres ocasiones se rompió la cabeza, era un niño travieso y curioso, precisamente por eso se accidentaba seguido. Recordé su primer día de jardín, el temor de meterse a una piscina, su precocidad para aprender a leer, la ternura con la que trataba a los animalitos y su bella sonrisa, todo aquello recordé y mucho más.

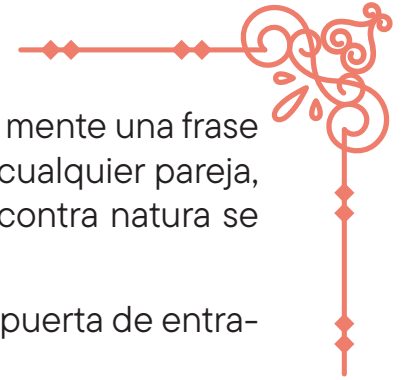


En cierta ocasión, en compañía de un amiguito que estaba de visita en casa, prendieron fuego un neumático que mi hermano había dejado a mi cuidado. Me asusté al ver salir el humo, también del olor a caucho quemado. Por supuesto, tuve que hacerme cargo económicamente de aquella pérdida. La travesura tuvo su respectivo castigo.

Tuvimos que cambiarnos de ciudad por circunstancias especiales, situación que a Juan lo afectó mucho, tenía 8 años. Sus hermanos fueron determinantes durante ese lapso de adaptación.

Pausé los recuerdos, volví al presente, habían pasado 6 horas desde que Juan se había despedido con la enigmática frase: “tengo que contarte algo”. No suelo ser melodramática, ni negativa, pero confieso que ese día lo fui. Para escapar de esos pensamientos me enfrasqué de nuevo en los recuerdos, en los momentos especiales compartidos con él y sus hermanos.

Cuando Juan cumplió sus 14 años se enamoró de una linda niña que prontito estaba por cumplir sus 15. Esa fiesta fue un desastre para él, para su incipiente relación. Juan no sabía bailar (aún no sabe hacerlo) y ese detalle le causó quedarse sin novia. Los dolorosos efectos que trajeron la ruptura hicieron que tanto la familia, los amigos y los vecinos nos uniéramos para buscar la forma de reconstruir el corazoncito roto por primera vez de Juan. Lo llevamos al cine, a comer pizza, le dimos valeriana para los nervios, tratando de distraerlo de aquella, su primera tusa. Lo que verdaderamente lo distrajo un poco fue el regalo que le hice, un reproductor de DVD, estaba de moda en ese tiempo. Habrán pasado unos meses para que volviese a enamorarse, lo cual ocurría muy seguido, pues resultó ser un joven bastante enamorado. Su novia actual es una chica de 16 años que vive en el campo con sus padres, ellos han procurado darle una buena educación. Sé de ella, que está haciendo la práctica de un técnico en el SENA. Mi hijo tiene 19 años, es universitario de primer semestre y se lo ve entusiasmado con la relación, lo digo porque cualquier oportunidad es propicia para estar con ella, no la deja ni a sol ni a sombra, como decimos coloquialmente.



Eso de que las madres tenemos sexto sentido es completamente cierto, pues de la nada vino a mi mente una frase de una canción que cantaba Shakira, que parafraseándola dice: “Juan y Diana se quieren como cualquier pareja, pero un día fueron presa de la naturaleza, de sus propios instintos no escaparon con suerte...”; contra natura se puede pelear, pero nunca ganar.

Salí del trance de la reflexión cuando oí el sonido del clic de la llave jugando en la cerradura de la puerta de entrada. Era Juan. Sin pensar, de una forma loca pregunto:

—¿Qué es lo que tiene que decirme? ¿Diana está embarazada acaso?

—No, ya no lo está. Sí, estuvo embarazada, pero como la niña ya nació, dejó de estarlo.

— ¿Cuál niña?

—Pues mi hija, nació anoche, me avisaron hoy.

—¿Cómo así, y es que Diana estaba embarazada?

—Sí, mamá, ella estuvo en embarazo y no lo supo. Y si ella desconocía su estado, pues yo con mayor razón. Ha sido la sorpresa de mi vida, aún estoy en modo... no sé, muy extraño.

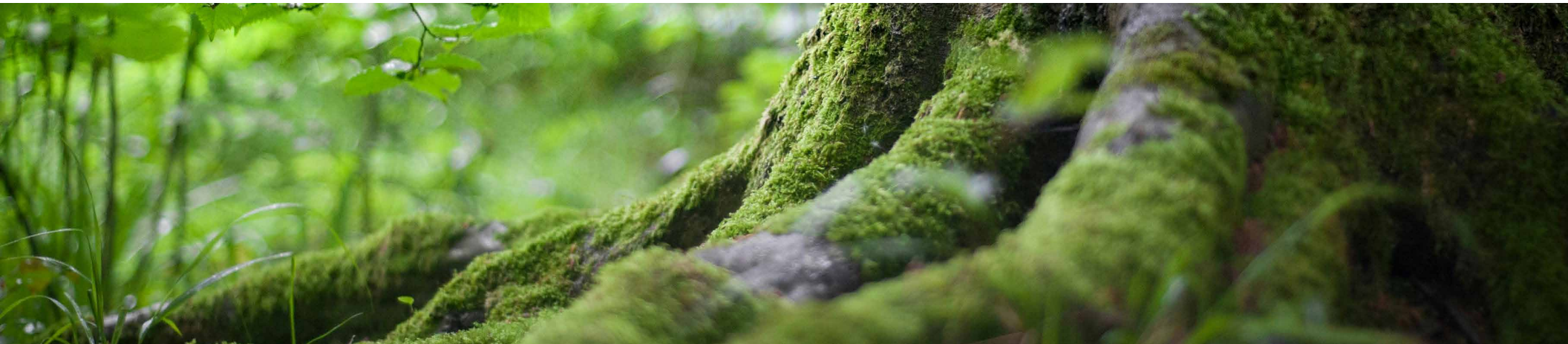
Así fue como recibí la noticia de que mi hermosa nieta, María Paz, había llegado al mundo sin que se supiera que venía en camino.

Diana contó que nunca sintió señales de estar embarazada, tampoco subió de peso, y que cuando les pidió a sus padres que la llevarán al hospital fue porque tenía fuertes dolores en el estómago. Para sorpresa, no eran cólicos, era María Paz que llegaba a nuestras vidas para llenarlas de amor. Su aparición fue tan sorpresiva que no tuvo disponible su primera ropita; gracias a la generosidad de las enfermeras tuvo su pijamita y el pañal de recién nacida. Seis años han pasado desde ese mágico día, de esa sorpresa, y ahora ella forma parte de la construcción de mis recuerdos. A Juan le cambió la vida, Diana ya no es parte de ella, la inmadurez de ambos no permitió que la relación continuara, pero así y todo son buenos padres. Ambos trabajan y luchan por su pequeña princesa, así le dicen cariñosamente.

La vida con su sabiduría en permanente cambio.

Circasia, Quindío

Salomé Ortiz Marín-Genny Andrea Marín Patiño

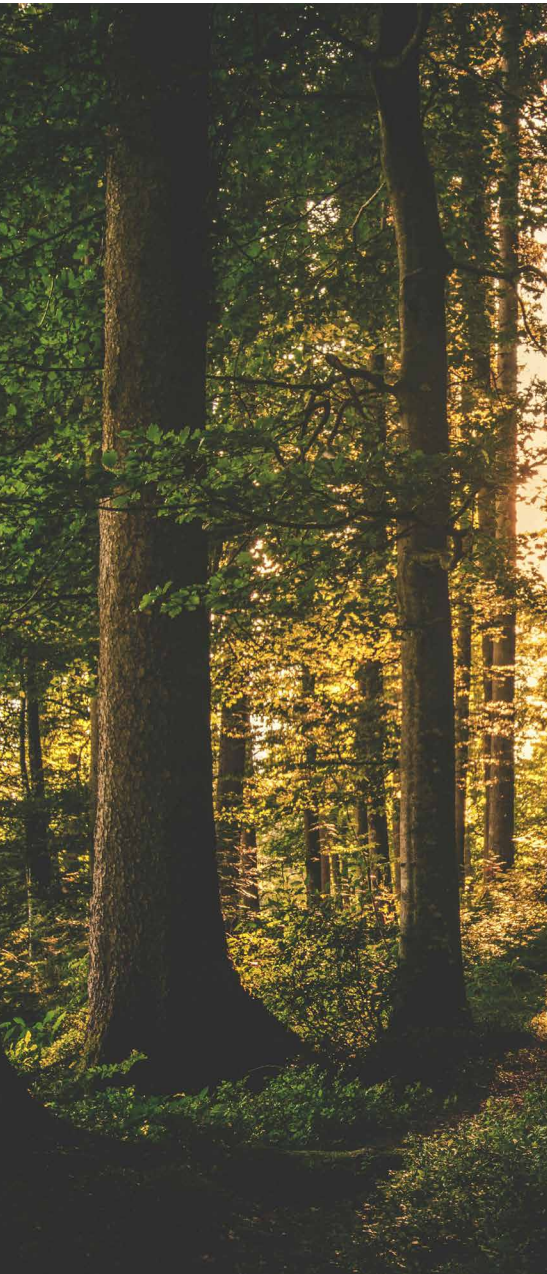


Kiara, la niña que cuida el medioambiente

Kiara vivía en un lugar bonito rodeado de plantas, enormes árboles y hermosos jardines. El hábitat era muy asombroso, había en él diferentes tipos de animales y pajaritos. Bellas cascadas y ríos se mostraban en los alrededores. Kiara se pasaba las horas jugando alegremente en la naturaleza y era muy cuidadosa en su interacción. Ella juntaba la basura y la botaba donde era debido para no contaminar, pero notaba muy tristemente que las demás personas no hacían lo mismo.

Kiara siempre fue una niña muy consciente, desde muy chiquita ayudaba al medioambiente para que esté sano y no se enferme. Un día, tuvo una gran idea que con el apoyo de sus papás pudo hacerla realidad. Construyó una escuela con materiales reciclables y, de este modo, pudo cultivar en cada individuo la esencia del amor y el respeto por el entorno natural.


Pero, por aquellos días, apareció un hombre malvado llamado Zacarías. A este no le importaba el medioambiente, por eso mismo disfrutaba de llenarlo de basura y de cortar cuanto árbol podía. Kiara lo observó muy detenidamente y le llamó la atención. Le dijo que si seguía haciendo eso los ríos se secarían y muchos animalitos se quedarían sin casa. Zacarías no le hizo caso, no le importaba lo que le dijeran las demás personas, era un ser muy egoísta. Por lo contrario, Zacarías preparó un líquido contaminante que arrojó al río. Inmediatamente, los peces comenzaron a morir, los pájaros a irse y los árboles perdieron su color. Las personas del lugar estaban muy tristes y angustiadas, ya que llegó a ellos el rumor de que el bosque desaparecería muy pronto por aquel contaminante. Con los días los niños comenzaron a enfermarse y las familias decidieron huir del lugar para salvarse.



Zacarías no paró de hacer daño, siendo la escuela esta vez el blanco de su maldad. No dejó en pie ninguna pared, todo lo convirtió en escombros. Por todos estos daños, las aves empezaron a volar a otros sitios, dejando a sus pichones abandonados a su suerte. La contaminación era tal que las plantas se estaban secando y el alimento escaseaba. No contento con todo esto, la maldad de Zacarías viajó a otros pueblos cercanos, dejando ruinas a su paso. Pero, lo que nadie sabía, era que había encerrado a Kiara y a su familia en una jaula muy grande para que nunca más pudieran enseñarles a los demás sobre el cuidado del medioambiente. Kiara no se quedaría de brazos cruzados y pronto escaparía de aquella jaula horrorosa. En su cabello tenía unas pequeñas pinzas con las que forzó el candado y pudo liberarse. Corrió con su familia hasta el centro del pueblo y reunió a todos los habitantes que quedaban para que entre todos pararan las maldades de Zacarías. Entre ellos se hallaba su hermana, quien prometió que les ayudaría en la lucha contra la malicia de su hermano.

Todos los habitantes del pueblo se dirigieron hasta lo que quedaba del bosque y por sorpresa encontraron a Zacarías y a muchos más hombres malvados rodeados por cientos de armadillos. Estaban asustados y gritaban de miedo. La hermana, viendo la situación, les pidió a los armadillos que la dejaran pasar, se acercó hasta su hermano y le dijo: debes de pedirles perdón a toda esta gente por el daño que le hiciste a su comunidad. Zacarías estaba muy avergonzado, pero con la ayuda de su hermana le pidió primero perdón a Kiara y luego a todo el pueblo por dañar sus casas, por envenenar los ríos y por contaminarlo todo. Kiara aceptó las disculpas y enseguida animó a todos los presentes para que la ayudaran a limpiar el bosque. Con el paso de las semanas volvió todo a la normalidad. El agua de los ríos estaba repleta de peces, los árboles rebosantes de color, el bosque cobró nuevamente vida y los animales retornaron felizmente. Con la ayuda de Zacarías, Kiara reconstruyó la escuela y comenzó a dar clases de medioambiente para toda la comunidad. Cada uno de los habitantes se volvió responsable con el territorio y con generar consciencia. Escribieron libros en donde hablaban de la importancia de enseñar a los niños el amor por conservar el ecosistema.

El pueblo era feliz y Kiara más que nadie. Entre todos salvaron el bosque al que cuidarían por siempre. Kiara fue reconocida por las autoridades como la niña que cuida el medioambiente.



El caballo que quería ser perro.

La historia que vamos a narrarles ocurrió a mediados de los años 80 en la granja “La esperanza”, en el municipio de Santa Rosa de Cabal. Hermosa finca, por cierto, de grandes extensiones de cultivos de café, de bellos frutales. Sus dueños eran una hermosa familia campesina conformada por la pareja de esposos y sus seis hijos. Cultivaban la huerta y criaban animales como cerdos, gallinas, caballos, conejos, perros, entre otros. Entre ellos destacaba un majestuoso caballo llamado Azabache, que tan solo llevaba dos años en la granja. Siempre fue un caballo alegre hasta que un día comenzó a comportarse de forma distinta. Se le notaba cierta envidia con los perros, ya que percibía que ellos contaban con atenciones y tratos especiales, mientras que él simplemente era montado y utilizado para las labores del campo.

Azabache comenzó a pensar en lo maravilloso que sería ser perro, en correr libre por el campo a toda hora, en jugar con los niños, en recibir caricias y mimos constantemente. Su deseo de ser perro se volvió cada vez más fuerte. Así fue que decidió dar el primer paso para convertirse en uno. En lugar de relinchar como de costumbre, intentó ladrar. En las noches se escapaba de las caballerizas y se quedaba en los alrededores de la granja, tratando de ladrar cada vez que escuchaba algo extraño o advertía la presencia de alguien. Sus amos se sorprendieron al notar la actitud de Azabache, pero no tardaron en reírse también de aquella ocurrencia. Le animaron a seguir intentando parecerse a un perro y cada vez que emitía un cuasi ladrido le daban una golosina.

Azabache de un momento a otro se negó a ser montado por cualquier persona. En su lugar se tumbaba en el suelo y se revolcaba como lo hace un perro en el pasto. A veces su comportamiento causaba risas y también cierto desconcierto entre los humanos. Azabache no se rendía, él quería ser un perro a toda costa.

Poco a poco el caballo perro comenzó a ganarse un lugar en el corazón de la familia. Le pusieron un collar especial y lo paseaban por el campo de la correa. Los niños de la granja jugaban con él, lo acariciaban y hasta le compartían su merienda. Cada miembro de la familia entendió que, a pesar de las diferencias entre cada animal, todos merecían ser tratados con el mismo cariño y jamás intentaron que Azabache se comportara como lo que era, un caballo.

Azabache también comprendió que no podía convertirse completamente en un perro, pero había encontrado su propio lugar, uno especial en la granja. Comprendió que ser diferente no era un obstáculo, sino una oportunidad para ser amado y apreciado de una manera única. Desde entonces, Azabache vivió una vida feliz, como el caballo que deseaba ser perro, disfrutando de los cuidados y del cariño de su familia en la granja. Volvió a prestar los servicios acostumbrados, pero siguió divirtiendo a propios y a extraños cuando intentaba ladrar y daba vueltas para echarse y comía cuido para perros.



Categoría Infantil

Vereda Buena Vista, Palestina, Caldas.

Isabela Buitrago



La gelatinosa

La gelatinosa era una chica que con su cuerpo no era feliz, decidió entonces ponerse senos, cola y una nueva nariz. Pero olvidó que al espejo no le podía mentir, en su interior entendía que aquella tristeza la iba a consumir.

Cansada, resolvió dejar todo atrás, sacarse todo lo que se había puesto, para por fin vivir en paz. Aprendió a querer su cuerpo y fue capaz de pensar que, si su mente estaba sana, ella podría avanzar. Que nadie podía decirle si se encontraba o no hermosa. Si ella simplemente lograba mirarse con amor, bastaba, para que siempre brillara de la manera que deseaba.

Y mientras tanto, en algún lugar del bosque colombiano

Hubo una vez un gran oso de hermoso pelaje negro y brillante, de caminado elegante, de ojos pequeños, negros, muy redondos, de imponente grandeza y guardián por naturaleza. Su hogar era una maravilla ubicada en la alta montaña, rodeado de un paisaje sin igual, de extensos arenales, entre frailejones, plantas, reptiles, anfibios y muchas especies más.

Un día, trepado en un árbol mientras reposaba de una succulenta porción de sapotes y troncos de pasallo que había merendado, vio que a lo lejos se acercaba una comadreja un tanto apresurada hacia su posición. El oso pensó: y a esta comadreja, ¿qué le estará pasando?

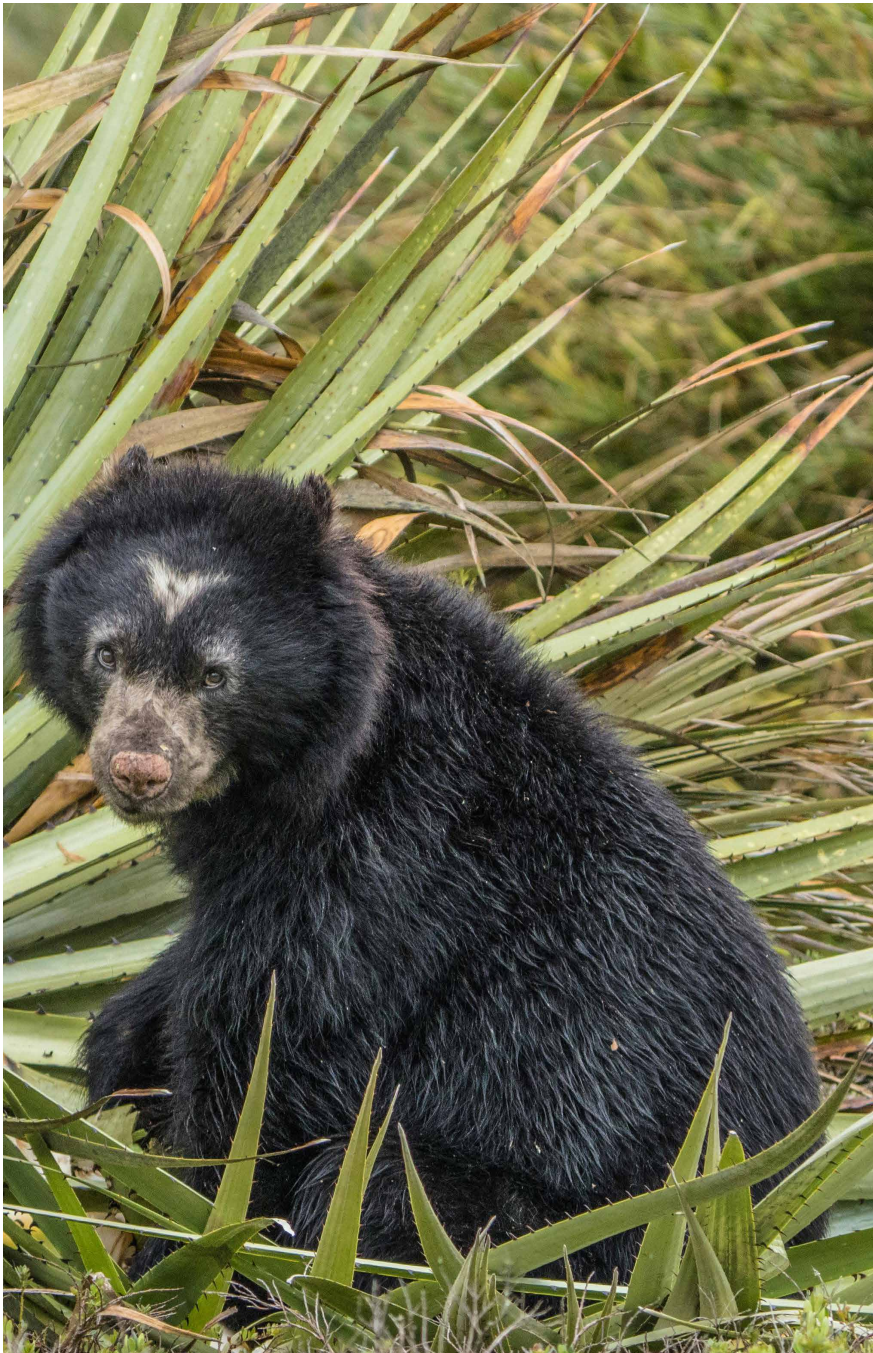
Buenas tardes, señor oso, dijo la comadreja.

Qué gusto verla señora comadreja, aunque se la ve muy apurada, seguro que tiene algo importante que contarme, dijo el oso.

La comadreja asintió con su cabecita y sin aliento ya dejó escapar unas palabras: ¡Ay, señor oso!, con mucha tristeza y desconcierto vengo a contarle que en casa casi no hay agua y que el charco que tengo cerca ya no es lo que era... poco a poco me quedo sin agüita para bañarme.

El oso, al escuchar lo de doña comadreja, saltó del árbol. No puede ser, gritó el oso intranquilo, esto es inaudito. Se movía de un lado al otro pensativo. ¡Ya sé!, dijo el oso, convoquemos a todos los animales que habitan la zona. Corre, corre... dile al conejo, a la danta y al triguillo, a los insectos, también a los roedores, diles a todos que vengan. ¡Corre!

La comadreja no esperó un segundo más y salió de prisa a buscar a los animales. Unos minutos más tarde llegó con todos los que pudo reunir, otra vez fatigada, cansada, pero habiendo cumplido con la petición del oso.



El puma, un tanto sorprendido por toda la congregación, le preguntó al oso que por qué los había reunido.

El oso se hizo escuchar, dijo con una voz suave, melancólica: está sucediendo lo que nunca imaginábamos que sucedería, nuestro hogar se está secando.

Además de eso se está haciendo más pequeño, gritó un cóndor mientras extendía las alas y a su vez señalaba la casa de Pedro y la señora Rita. Ellos con la siembra de papa nos están reduciendo la tierra, el espacio que tenemos para vivir.

Esto no puede estar pasando, exclamó el oso abriendo la boca bien grande y parado sobre sus dos patas traseras. Corría de un lado a otro sin saber qué hacer... Nos vamos a morir... gritaba... y sin comer...

El resto de los animales se miraban los unos a los otros, alarmados, pero pensando lo mismo: quién iba a defenderlos. Sería el oso, el cóndor, el puma, la alondra, la comadreja. ¿Quién? Ninguno sabía lo que pasaría. Estaban ansiosos de que el oso hablara. Y el oso habló: Tranquilos todos, propongo que cada uno en sus casas busque una solución y mañana nos volvemos a reunir aquí, a la misma hora, para tomar medidas ante el asunto.

Todos los animales se marcharon a sus casas, muy tristes. No era para menos, nunca habían vivido algo así, quedarse sin agua, sin tierra, poniendo en peligro sus vidas.

Al día siguiente, los animales se congregaron nuevamente bajo el árbol del oso. Estaban todos, no faltaba ninguno. Díganme, dijo el oso, que pensaron.

Todos callados, menos el colibrí, que al ver que nadie se animaba a hablar, expresó: no todo está perdido... pido la palabra.

Tiene la palabra, dijo el oso.

Escuché, explicó el colibrí... escuché a don Gustavo hablar con don Silvio y con doña Matilde y con otros que no conozco, escuché... que había llegado gente de la ciudad para proponerles un proyecto, para preservar nuestro espacio. Dijeron que los animales eran importantes y que los recursos debían de cuidarlos. Que pretendían realizar prácticas agrícolas sostenibles, cuidando del agua, que era fundamental para la vida de todas las especies. Ellos nos quieren proteger, están al tanto del peligro en el que estamos y quieren ayudar.

No todo está perdido compañeros, levantando las manos, dijo el oso. Y agregó: no perdamos la fe, no estamos solos en esto.

El resto de los animales se emocionaron, estaban al borde de las lágrimas. Era increíble, todos unidos por la causa. Es que el poder no reside en la fuerza de uno solo, sino en la unión de la fuerza de varios: la del oso, la del puma, la danta, el colibrí, pero también la de don Gustavo, doña Rita, don Pedro, los de acá y los de allá, la de todos que deseen cuidar el territorio...

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Dosquebradas, Risaralda

Camila Huertas Ortiz

Mi abuelo y sus historias

Mi abuelo vino a visitarnos a Dosquebradas y cuando se dio cuenta de que en nuestra casa había servicio de gas natural domiciliario nos hizo caer en cuenta de la importancia que tiene el uso debido del mismo. Nos enseñó que el gas natural es un combustible fósil que se encuentra en las profundidades de la tierra, como el carbón y el petróleo, y que es muy amigo del medioambiente, ya que ayuda a mantener el aire limpio por su composición. Nos dijo que cuando se presenta una fuga, el gas se esparce muy rápido por el aire, por eso abrir las puertas y las ventanas es una buena opción para que no se acumule y sea nocivo.

El abuelo nos contó que cuando era joven, la mamá, o sea mi bisabuela, cocinaba con leña que él mismo traía del campo. Todos los campesinos por aquel entonces utilizaban la leña para cocinar, por eso se tumbaban los árboles y se los ponía a secar para luego utilizarlos como combustible. Esta práctica no solo afectaba al medioambiente por la tala, sino también por el humo que hacía lo propio en la salud de las personas. Siguió contando que con los años aparecieron las pipas que almacenaban el gas en cilindros, fue de ayuda, pero era muy dispendioso cuando esta se acababa porque el carro que las repartía pasaba de vez en cuando y les tocaba otras veces hacer largas colas cuando escaseaba. Era muy peligroso el uso de pipas, uno debía de ser muy responsable y cuidadoso con su manipulación.



Hablamos y hablamos con mi abuelo de todo lo referido al gas, a la cocina y llegamos a la conclusión de que el gas natural es lo mejor para proteger el medioambiente y lo menos peligroso. Además, enumeramos varios de sus usos, por ejemplo: estufas, neveras, hornos, calentadores, secadoras, entre otros, hasta el carro de mi papá funciona con gas natural vehicular. Por todo lo que charlamos con el abuelo y aprendimos, caímos en cuenta que lo mejor que nos ha pasado es que EFIGAS preste el servicio de gas natural domiciliario por todas las razones antes mencionadas y además porque resulta económico cada mes. Tanto los técnicos de la empresa como sus empleados en general son personas eficientes y confiables, siempre al pendiente de sus usuarios.

Y... colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Categoría juvenil

Vereda de Santa Ana, Supía

Miguel Ángel Asprilla Moreno

Lo que viví



Anciano ya, cansado de todo, envejeciendo cada día un poco más en una pequeña comunidad de asentamientos indios y negros; apenas lo puedo recordar, pero en esta misma tierra, por la que hoy ya no siento nada, un día luché con todas mis fuerzas por ella. Tiempos de revolución, donde todos buscaban su futuro. Yo tendría unos 20 años cuando me informaron que, al parecer, la gente del pueblo vecino andaba queriendo expandir su territorio, ya inmenso, por cierto, usando parte de nuestras tierras. Mi casa era su punto de partida, lo que causó una revuelta, dejando varias muertes de ambos lados como consecuencia. La verdad no estoy seguro de haber provocado alguna de ellas.

No siento culpa ni remordimientos, al contrario, me siento orgulloso por haber defendido mi hogar, codo a codo con mis familiares y amigos. Compartíamos siempre tanto las alegrías como las tristezas, pero eso no importa ahora, estoy cerca del final, soy como una gran ola llegando a la orilla, contemplando la inmensidad de lo que se avecina. De nada me arrepiento. Tal vez cometí algún que otro crimen que iba en contra de mis principios, pero no lo recuerdo, se escapa de mi memoria como la mariposa de la red. En fin, ya me queda poco tiempo y agradezco a la vida por brindarme todo tipo de sentires, no solo los amores pasajeros que tan feliz me hicieron, porque, ¿qué es la vida sin sentimientos?

Ya para concluir, luego de una vida tan larga, les digo a los que lean este pasaje que solo puedo dejarles lo que viví.

Circasia, Quindío

Salomé Silva Hoyos



Libre, como la tangara multicolor

Era una tarde lluviosa y en la casa se podía sentir el delicioso aroma de las galletas de mi tía, las que eventualmente siempre hacía con forma de pájaro, un pájaro de tonos rojizos, precioso. Me dirigí hacia la cocina donde la vi, estaba en su silla de ruedas. Decoraba las galletas con betún de distintos y vivos colores. Siempre me preguntaba por qué las hacía tan coloridas, y ese día pudo más la curiosidad y le pregunté.

Tía, ¿por qué siempre haces las galletas con la forma de ese pájaro?

A lo que me respondió de una forma tan profunda que aún hoy me emociona de solo recordarlo.

Ese pájaro, dijo, se llama tangara multicolor, y su mirada se perdió en las gotas de lluvia salpicadas en la ventana. Continuó relatando... siempre utilizo pájaros en mis galletas, debido a que es mi animal favorito. Los pájaros representan la libertad, la euforia que siempre quise experimentar y nunca pude por mi discapacidad. Me fascinan sus vuelos y sus cantos, no me canso de verlos y escucharlos.

Mientras hablaba, una sonrisa se le dibujó, nostálgica en su boca.

Hago una tangara multicolor porque sus colores son vibrantes y transmiten alegría. Son un deleite para mis ojos, los considero una especie por demás elegante y magnífica, que envidio, por su libertad de ir de un sitio a otro.

Pero, a decir verdad, dijo mi tía, todos somos únicos a nuestra manera. Por eso intento ser la mejor versión de mí y tratar de hacer todo lo que he soñado. Créeme que a mi manera lo hice... conocí diversas culturas, viajé a lugares impensados, hice mucho a pesar de todo.

Mi tía agarró mi mano, me miró fijo a los ojos, y dijo: nunca dejes de soñar, de hacer lo que te hace feliz, intenta cumplir tus metas, celebra tus victorias y no olvides que de los millones de personas que existen en este mundo, tú eres única como la tangara multicolor, y siempre brillarás con la luz que te caracteriza.

Dejó de hablar, con sus pequeñas manos giró su silla de ruedas, agarró una galleta y me la ofreció.

Recuerdo siempre ese gesto, ese consejo y sus tangaras multicolores. Lo recuerdo a menudo y me esfuerzo día a día por sentirme especial, al igual que una tangara en las manos de mi tía.

Vereda Cristales, Risaralda

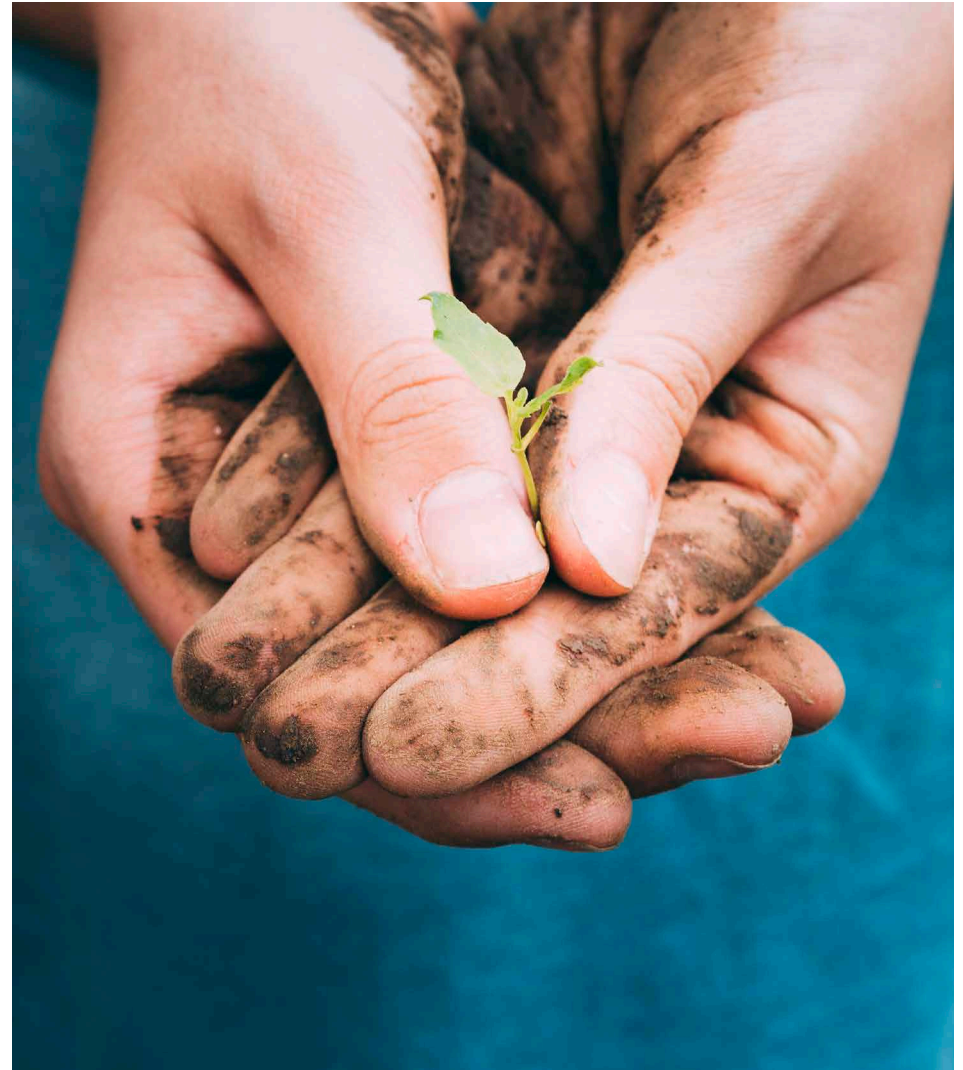
Simón Cardona

El encanto verde, el bosque de los guardianes

Había una vez, en un lejano rincón del planeta, un bosque mágico y encantador llamado Armonía. Este bosque era un tesoro natural, lleno de vida y biodiversidad, dónde los árboles se alzaban altos y majestuosos y los arroyos corrían con sus aguas cristalinas.

En este bosque vivían diferentes especies de animales, desde ciervos a ardillas exóticas, mariposas de todos los colores y pájaros con los cantos más peculiares. Cada ser vivo tenía un papel fundamental en el delicado equilibrio del ecosistema y cada uno de ellos convivía en paz, respetando y cuidando el territorio. Sin embargo, por momentos, dicha paz se sacudía. Del otro lado de las colinas existía una aldea llamada el Progreso. Sus habitantes no le daban importancia a la biodiversidad y al cuidado de su territorio, por lo que indiscriminadamente comenzaron a adentrarse al bosque para explotar sus recursos y ganar sus tierras. Poco a poco los árboles fueron siendo talados y en su lugar construyeron casas y fábricas. Los arroyos, por los desechos, comenzaron a contaminarse y el aire por la polución creciente se volvió denso, difícil de respirar. Los animales perdieron su hábitat y ciertas especies se extinguieron.

Una joven conocida por Aurora, cierto día, se dirigió hacia la aldea con el propósito de visitar a su abuela. Al darse cuenta de lo que estaba sucediendo dentro del bosque de la Armonía,



decidió tomar medidas y ponerse en acción. Contactó a otros jóvenes que al igual que ella se preocupaban por el medioambiente y juntos formaron una asociación llamada “Guardianes de la naturaleza”. Dicho grupo se comprometió en proteger y preservar el bosque. Organizaron manifestaciones pacíficas, promovieron la educación y así generaron conciencia en la comunidad y trabajaron conjuntamente con las autoridades para detener la destrucción de la Armonía.

La voz de los guardianes se hizo escuchar, llegando a los corazones de las personas, despertando así la acción colectiva sobre el cuidado y conservación de la biodiversidad del territorio.

Con el tiempo, la aldea el Progreso, comenzó a cambiar su enfoque, adoptando prácticas sostenibles y respetuosas con el entorno.

Aurora y los “guardianes de la naturaleza” se contactaron con los líderes del bosque de la Armonía, quienes estaban ocultos, temiendo por su seguridad, por todos los arrebatos sufridos por la aldea el Progreso. Juntos crearon un plan para restaurar y proteger de futuras amenazas al bosque. Reforestaron, plantaron diversos árboles nativos, pactaron normas de regulación estricta para evitar la explotación indiscriminada de los recursos naturales y garantizaron la protección de las especies en peligro de extinción.

La historia del bosque la Armonía y los Guardianes de la naturaleza se extendió a lugares impensados, cruzando fronteras e inspirando a otras comunidades.

La Armonía es una prueba clara de que cuidar los territorios, protegerlos y preservarlos ayuda a las generaciones futuras y a soñar con un mundo mejor.

Debemos actuar para cuidar nuestra naturaleza. No basta con crear diálogos o textos sobre la protección de nuestro medioambiente. Todos podemos aportar nuestro granito de arena, por ejemplo: separando la basura en nuestras casas, reciclando, no talando árboles ni haciendo quemas, usando medios de transportes libres de contaminantes para nuestra atmósfera, entre otras. Debemos de educar a las personas sobre lo que significa cuidar al medioambiente.

Categoría Mediador LEO

Vereda Guamal, Supía

Ligia Moreno Moreno

En mis adentros

Yo era una estrella brillante, de las más brillantes del firmamento. Así brillamos las de raza negra, así destacamos desde antes de engendrar. Busqué entonces un padre y una madre llenos de amor y los hallé.

Estoy en un lugar oscuro, me aferro a un cordón que me alimenta, el mismo tiene dos nudos, intuyo que serán mis hermanos que faltan por nacer. Vine a este mundo cuando aún no existían las ecografías. Era difícil llegar, era hacerlo a ciegas. Ni la partera sabía quién andaba en ese vientre a punto de estallar; entonces se buscan estrategias para que sea más fácil.

Mi madre con su barriga de siete meses, yo dentro de ella navegando en aguas tibias. Escucho la voz, la de un hombre que le dice a mi mamá: “vallase desde aquí caminando hasta donde está la mata de plátano”. Ella lo hace, nos desplazamos lentamente. La voz se hace escuchar nuevamente: “¡ole mujer, vas a tener una niña!”.



A oscuras pienso en el misterio que hay detrás del caminado. Cómo es que saben que voy a ser una niña por la forma en la que camina mi madre. Pienso en que debe ser una costumbre típica que se ven en los asentamientos de Colombia. Mi madre no se queda con aquella primera impresión.

Una mujer se acerca y sentencia: “va a tener una niña, pues la forma de la barriga no es puntuda, es más bien redonda”. Me extraña que el género incida en la forma del vientre. Pero de lo que más estoy sorprendida es lo que hicieron sus amigas en una de sus visitas. Con el pretexto de saber si yo sería niña o niño, llevaron a cabo un juego. Escondieron a mi madre para que no viera lo que ellas estaban organizando. Tomaron dos sillas, en una ocultaron un tenedor y en la otra una cuchara. Si elegía sentarse en la silla del tenedor, significaba que iba a tener un niño. De lo contrario, si optaba por sentarse en la de la cuchara, sería una niña.

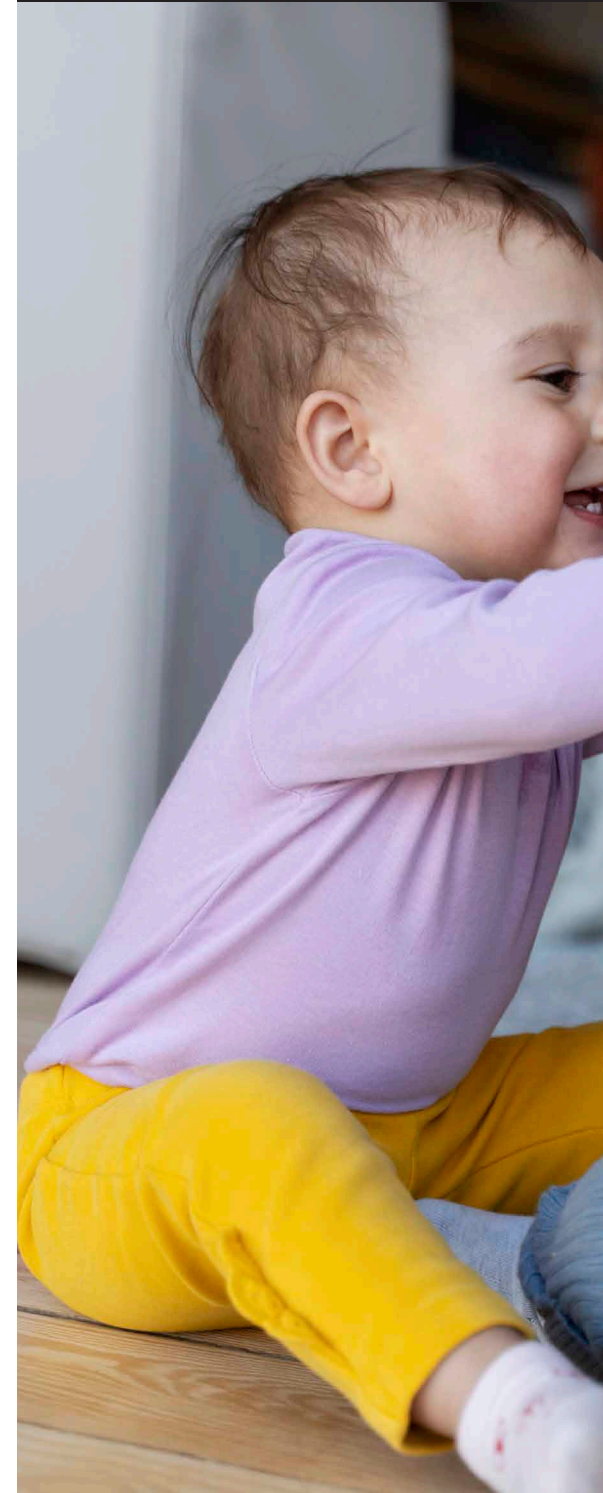
Ya montado el escenario, llamaron a mi mamá por su apodo. Le dicen Mira. Su nombre es Edelmira.

—Mira, salí ya— en coro dijeron sus amigas.

En efecto, salimos y ella se sentó en la silla que escondía la cuchara. Hice el intento de tironear del cordón umbilical, para despistarla, pero ella, derechito, fue para donde la cuchara.

Abro mis ojos, el sol ilumina un espacio reducido de aquel lugar, me observo y ninguna de mis partes se parece a una cuchara, aunque mi cabello crespo apretado tal vez se asemeje a un tenedor.

Allá afuera están como enloqueciendo, me está dando miedo salir, no tengo idea con las locuras que me encontraré. Mi madre con los tres pronósticos quedó satisfecha, convencida, aunque ella también sabe adivinar lo que guarda la embarazada. Era simplemente para constatar lo que ya sabía. Tiene dos hijas. Se la nota feliz por mi venida. Ella





dice que le gustan mucho las niñas, yo la escuché, es una ventaja saber que te desean y no que no lo hacen. También escuché que va a llamarme Ligia María. Noooo, grite desde mi pequeño corazón, pero no escuchó, eso quiero creer. Palmoteé el líquido que me recubre, pateé su barriga todo el día, le provoqué tres hipos seguidos, me recosté fuerte en su vejiga, me encajé por tres horas y no desistió de llamarme así. Mi padre con su voz serena ha manifestado estar de acuerdo.

He escuchado que hay más niños en la casa a la que voy a llegar, me pregunto si querrán jugar conmigo. Oigo a mi madre cantar, es muy lindo escucharla hacerlo. Mi padre la acompaña con la guitarra, también lo hace bien. En ocasiones tengo frío, en general cuando mamá carga agua de un charco y sin querer se moja la panza, pero rápidamente se quita la ropa y es cuando vuelvo a sentir bienestar. Cuando ella cocina en el fogón, la panza se le torna calientica.

Pronto naceré. La siento apresurada, cociendo mi ropa, organizando los pañales de tela, terminando los hermosos vestidos que va a ponerme.

Se acerca la hora, la partera lo dijo después de violentarme, masajeó tan fuerte la panza que me hizo estornudar. Mi madre comienza a consumir bebidas de brevo, a tomar aceite de almendras, ya no bebe nada frío, todo es en caliente. Está sentada en un bulto de maíz, son las cuatro de la mañana del lunes 7 de junio de 1971 y estamos en la finca la palma del corregimiento de Irra. Sí, ya quiero salir. Siento unas manos frías, me agarran, me masajean, me sacan algo de la nariz, me secan la cara y puedo ver sus ojos. Ahí están, mi madre y mi padre mirándome con amor, felices. Duermo todo un día, despierto y son varios los ojos que me observan. Una niña de unos 8 años dice que quiere cargarme, un niño de unos 6 años apoya su mano en mi chata nariz, y la beba de un año y medio se chupa el pulgar mientras agarra mi mano. Sé que será mi compañera de viaje, ella me cuidará y acompañará en la travesía que nos propone el mundo. Se me queda mirando, esa es su forma de hablar, me está diciendo... bienvenida hermana.

Circasia, Quindío

Sandra Patricia Posada R.

La cocina de la abuela

Es final de año, se terminó el año escolar y por fin se terminaron las clases... ya no más colegio, comienzan los días inolvidables y maravillosos del año; esta noche no podré dormir pensando en llegar a la casa de mi abuela. Me imagino desde ahora corriendo por los corredores, detrás de Michin el gato, de Caicer el perro y de Huguito el pato y su combo, y detrás también de Juanchito el marrano.

La casa de la abuela es el paraíso, mi paraíso y el de mis primos. Las vacaciones en su casa son las mejores, llegan todos: Juliancito el enano, que se quedó pequeño dicen mis tías porque la maldad no lo deja crecer; Fabiana la llorona, jajaja, todo lo consigue chillando y jalando de las naguas de la abuela que sin más saca los dulces encaletados en los tarros de lata de galletas que mantiene vacíos; también llega Gusanín, así lo llamamos porque mantiene en el baño. La última vez arrojó tremenda lombriz, todos nos morimos de miedo, pero los tíos se reían tanto que se armó una recocha y de ahí su nombre; y por último el más pequeño, el hermoso y el mimado, Jhoncito. Sus pucheros estremecen, pero cuando se larga a llorar, jajaja, su llanto levanta hasta los muertos.

Ellos son todos mis primos, con los que en vacaciones corremos y corremos por la casa de la abuela, también con mis hermanos, faltaban ellos. Todos llegamos emperifollados, bien peinados, con los crespos asentados, ropita limpia, bien planchadita con la plancha de carbón que mamá guarda como reliquia y que pesa más que un Cristo. Los zapatos embolados que cada uno brillamos con la media velada que se le rompió a mamá; la abuela siempre nos dice que puede verse en nuestros zapatos, que son como un espejo y mamá se siente orgullosa de mantenerlos así de impecables. Pero una cosa es como viajamos y llegamos, bien cachacos y ordenados, y otra, es abrazar a la abuela y besar sus cabellos que huelen a humo, un humo lleno de amor, de alegría y toda la ternura del mundo. Nos quitamos las ropas, nos ponemos la más vieja y empezamos la travesía... correr por los potreros, jugar a encostalados, nadar en el lago, corretear con los animales, trepar los árboles y coger las frutas y echarlas en los canastos.



Todo en la casa de la abuela es maravilloso, pero lo que más me gusta de aquel palacio de tablas y boñiga seca es su cocina, ese espacio está lleno de objetos mágicos. Nada de lo que sale de esa cocina sabe de la misma forma que en el resto del mundo; la cocina de la abuela es única. El chocolate ha logrado sacarle músculos en sus arrugados brazos, porque ella bate con fuerza, es así como le sale espumoso y crece en la chocolatera gruesa y quemada por el fogón a leña. El mismo fogón que da calor a toda la casa; el tío corta los troncos que trae de la pinera donde trabaja cortando árboles con la motosierra y donde el primo mayor siembre nuevos para que dentro de diez años siga habiendo árboles.

A mí me encanta moler el maíz para las arepas amarillas y grandes, todos los demás, en cambio, pelean por airar el fogón de carbón con la china. Siempre gana mi hermana Sandra, ella es la mayor, la que tiene más fuerza, aunque de lo flaca que es si se descuida cualquier ventarrón se la lleva. Luego llegan las tías con un canasto lleno de huevos, los que recogieron por el patio y por el monte, porque las gallinas hacen nido en cualquier rincón. Con todos los niños a veces jugamos y hacemos apuestas para ver quién recoge y encuentra más huevos. El ganador recibe dos cucharadas más de perico, aunque la abuela es generosa y siempre nos echa demás. Ese es el mejor premio que puedan darnos, la comida de la abuela, que inunda la casa de sabores, también de trabajo, esfuerzo y amor. El perico que cocina, con todo ese guiso, son como 100 huevos, digo yo. Desde el más pequeño hasta el mayor se nos hace agua a la boca. A la bisabuela, que ya cumplió 102 años, me gusta cucharearle el huevo y hacerle un mazacote con chocolate, arepa y pan; yo le doy el desayuno para que acabe pronto y nos pueda cantar con su voz suave acompañada de la guitarra de la tía Ernestina, que siempre está destemplada, pero que de igual manera nos alegra el corazón.

Todos llevamos platos de metal, cucharas, tazas de esmaltes y por supuesto las arepas, el chocolate, el huevo y el pan, y nos sentamos juntos en un comedor de madera gruesa y espaldar de piel de vaca que está junto a la chambrana, afuera en el corredor; charlamos, nos reímos, cantamos, comemos y por supuesto, nos recargamos de energía. La abuela siempre hace una oración dándole las gracias a Dios por todos, ella nos mira a cada uno y se le nota el amor que nos tiene. Yo la abrazo y le agradezco por ser la mejor; ella me besa la frente y todos corren a abrazarla. Ella dice: “los amo mis benditos nietos y apenas empiezan estas hermosas vacaciones”.

Miro al cielo, veo el humo salir por el techo, la abuela ha montado el almuerzo en el fogón. Las tías salen con los trastes en una ponchera para lavarlos en la piedra al pie de la quebrada y a nosotros nos ponen a escoger los frisoles que riegan en la mesa. Pepa por pepa, sin nada de piedritas, bien limpiecitos; son como tres libras que recogió el abuelo de la huerta. Las ollas saltan y los olores que de allí salen perfuman cada rincón de la casa. Una casa que, aunque de bareque, está llenita de amor, de ternura y de mucha comida que las manos de mi abuela hacen sin recetas, pero siempre, siempre, entregándonos lo mejor.

Ahora de adultos, esos bellos instantes, eternos e imborrables, se mantienen en forma de recuerdos. Cada vez que pasamos por aquella casa, ahora ya reformada y transformada, nos parece ver a la vieja de un lado a otro. Ella nos dejó una gran herencia, no en plata, porque esa se acaba, sino la enseñanza de que la familia es lo primero, porque es la que apoya y la que en definitiva siempre está para compartir las alegrías y las penas.

Lo último que vivimos en aquel palacio de madera, bareque, tejas de barro y boñiga fue la pena de su partida. Varios de aquellos hermosos seres que habitaban ese espacio, uno a uno, se fueron marchando, en silencio, algunos sin despedirse, sin un abrazo, sin un beso. En cambio, ella me visitó antes de marcharse. Fue de noche. Se postró en mi cama, me tocó la cabeza y sentí sus suaves labios en la frente. La vi alejarse, meterse en su cocina, entre las cenizas del fogón y el olor a guiso, nunca volvió a salir. Me dijeron: la abuela se fue, desde ahora será tu ángel guardián.

La cocina de la abuela era la excusa para visitarla. Pasamos la mejor etapa metidos en ella. Infinitudes de historias vividas más las narradas por ella. Todos la escuchábamos muy atentos, era un ángel hablando. Ella nos regaló una gran niñez y le estaremos agradecidos de por vida. Nunca te olvidaremos abuela, nunca... y menos a tu cocina.

El último palo de Guayabas

Aún conservo los recuerdos muy claros del patio de la abuela. Era el año 1975 cuando viajamos desde Santa Rosa de Cabal, Risaralda, hasta el Líbano Tolima. Recuerdo que eran las cinco de la mañana cuando dejamos por primera vez nuestro terruño. A esa edad eran pocas las cosas o personas que me ataban a esa tierra. La alegría de conocer el patio de la abuela, el sembrado de maíz y los árboles de guayabas era mucho más grande que la tristeza que podía suponerme dejar atrás mi inocente pasado.



Durante el viaje, el contraste del clima de una región a la otra era notable, del frío y la lluvia de una, al calor sofocante de la otra. El trayecto fue tranquilo, sorteamos sin dificultad las inclemencias del tiempo. Llegamos a destino, creo, a las dos de la tarde. Lo primero que hice fue correr desesperadamente hasta el patio de la abuela, quería conocerlo, ya que era el protagonista de las historias y leyendas de mi familia.

El patio era inmenso, más grande de lo que imaginaba. La mitad estaba sembrado de maíz, la otra de guayabas y en un rincón el estendedero de la familia, en donde las ropas bailaban con el viento y se mimetizaban con el paisaje.

Cada año, durante la temporada de guayabas, la abuela en compañía de todos sus nietos organizaba la cosecha de los frutos maduros y jugosos de los árboles, haciendo que la tarea sea toda una aventura. Sin embargo, sin entender que era lo que pasaba, cada año el patio disminuía su extensión. Era un misterio para nosotros los niños, no lográbamos comprender ese suceso. Un día, por ejemplo, desapareció todo el terreno sembrado de maíz. La situación me causaba mucha tristeza, pero lo que más me importaba, que eran los árboles de guayaba, seguían en pie. Esos árboles estuvieron siempre presentes en mi niñez, eran compañeros de aventuras y enormes suministros de deliciosas guayabas que disfrutábamos en jugos, postres, tortas y cremas en cumpleaños o en reuniones familiares. El olor a guayaba se me impregnó para siempre no solo en la piel, sino en el alma, en la mente y el corazón.



Una tarde de 1985, al llegar del colegio, unos trabajadores empezaron a levantar un muro, acordando así aún más la extensión del patio de la abuela. Comprendí, ya con unos años más en mi haber, que la situación económica de la familia no era la mejor y que por esa razón vendían parte del terreno. A este nuevo embate de la vida sobrevivió junto al estendedor de ropa un hermoso, grueso y frondoso árbol de guayabas, que en el futuro fue el símbolo de la tradición y la unión familiar. Todos esperaban afanosamente la cosecha del único guayabo en pie. Sus brotes se dejaron ver en hermosas y grandes guayabas que todos nos dispusimos a recolectar. La abuela María preparó una riquísima mermelada que disfrutamos en familia con los desayunos. Le agradecemos a ese árbol todo lo que nos había brindado a lo largo de los años. Pero, como todo tiene su periodo, las hojas del guayabo comenzaron a caerse y su tronco se preparó para descansar hasta la próxima temporada.

La salud de la abuela se fue deteriorando, al igual que la vitalidad del árbol. El día que ella murió, el árbol parecía secarse. Y así fue como ambos, tanto la abuela como la guayaba, se convirtieron en la representación del amor, la unión y la tradición familiar. Ambos nos enseñaron a disfrutar de lo sencillo, a valorar lo esencial de la vida.

La leyenda del guayabo seguirá viva, recordándonos a todos que, al igual que las frutas que compartimos durante años, los lazos familiares son dulces, reconfortantes y eternos.

Categoría Pre-Juvenil

Nuestro medioambiente está en peligro

Era un día de verano. Una niña llamada Paola estaba haciendo sus tareas mientras escuchaba la televisión.

—“Muy buenas tardes, les habla Ricardo, del noticiero de las tres de la tarde. Tenemos muy malas noticias para informarles, nuestro medioambiente está en peligro. La contaminación es cada vez más grande y seguirá empeorando si no hacemos nada al respecto. Es una advertencia, debemos de cambiar nuestras conductas. Y ahora vamos con el clima...”

Paola apagó el televisor, no quiso seguir escuchando ese programa, le parecía algo tonto. Continuó con la tarea.

Al día siguiente, caminó a la escuela y observó que las calles estaban todas sucias, maltratadas. Pensó en el noticiero, tenían razón. Siguió caminando. Llegó a la escuela y esta estaba cerrada, así que volvió para su casa. Sus papás no estarían, ambos trabajaban. Se tumbó en el sofá a ver un poco de tele. Voy a darle otra oportunidad a ese noticiero, pensó Paola. Sintonizó el canal 5 y de inmediato:

—“Muy buenos días, les habla Daniel del noticiero de las siete. Les tenemos una mala noticia, así como lo escuchan. Lamento decirles que nuestro planeta está por desaparecer, y si nuestro planeta desaparece, DESAPARECEMOS TODOS. Necesitamos gente que recicle, que recoja la basura, aunque lamentablemente no hemos encontrado a esas personas que nos ayuden. Y ahora vamos con otra noticia, un accidente automovilístico en la intersección de ...”

Paola apagó el televisor y se puso a pensar. Necesitaba hacer algo, así no podían seguir viviendo. Tomó su celular y llamó al canal 5.

Una voz la saludó amablemente. Paola dudó un momento, y dijo:

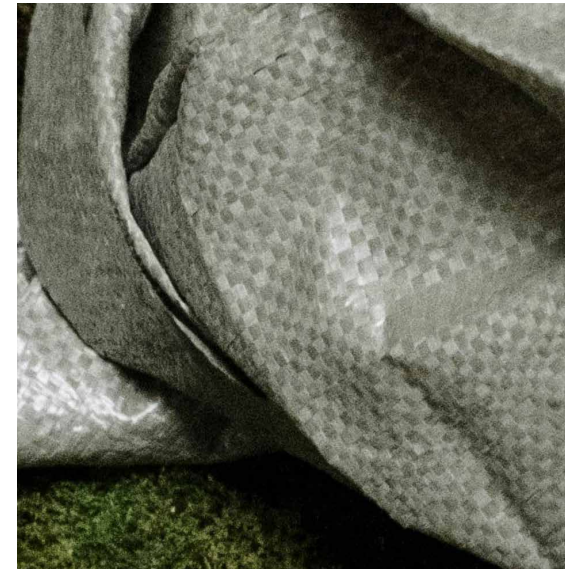
“Hola, mi nombre es Paola Rodríguez. Vi la noticia sobre el peligro del medioambiente. Escuché que dijeron que necesitaban personas para que les ayuden. Bueno, yo estoy dispuesta, me apunto”.

A los minutos, trabajadores del canal 5 se presentaron en la casa de Paola para recogerla y llevarla a varios puntos del país para comenzar a recoger basura y plantar nuevos árboles. También la llevaron a fábricas para que replicara el mensaje sobre la contaminación y para pedirles que por favor redujeran el humo y sus desechos. Paola les confesó que era un trabajo muy duro, que ella sola no podría hacerlo, pero lo que no sabía Paola es que no era la única, había muchas personas que en el resto del mundo estaban haciendo lo mismo.

La llevaron a la amazona, un lugar de los tantos que está en peligro de extinción. Comenzó a quitar la basura, a renovar la selva con nuevos árboles. Momentos después el agua estaba limpia, los animales a gusto, todo se veía muy bonito. Se dirigieron inmediatamente a la fábrica más cercana a la selva. Paola pidió hablar con el encargado. De muy mala manera aceptaron. Cara a cara le dijo que necesitaban que redujeran el humo, que era altamente nocivo para el ambiente. La respuesta fue un contundente No. Ellos no podían hacer eso. A lo que Paola muy triste les dijo: “este mundo es tan hermoso, todo esto va a desaparecer, y si el mundo desaparece se va a llevar todo y a todos con él. Por favor, ayúdenos”.

El señor, al escucharla, se conmovió y se preocupó, le comunicó a Paola que harían todo lo posible para reducir el humo y buscar la forma de disminuir su toxicidad.

En fin, luego de una larga jornada, los del canal 5 llevaron a Paola hasta su casa. Había sido un día muy agotador, pero estaba feliz por haber salvado al mundo.





Llegaron los padres del trabajo y le preguntaron que había hecho en todo el día. Paola, muy serena, les dijo: “no hice mucho, salí a recoger la basura que había por el barrio”. Los padres la felicitaron, le manifestaron lo orgullosos que estaban de ella por hacer eso por el planeta. Paola no dejaba de pensar en el gran favor que le había hecho al mundo.

Circasia, Caldas

Nicolás Betancurt Quintero



**Buscando a papá:
una aventura para recordar.**

Juliana apenas cuenta con 12 años, vive con sus padres y sus hermanos. Su mamá se llama María, su papá Juan, y sus tres hermanos: Sebastián, Edison y Thomas. Una familia feliz, normal.

Juliana y su familia pertenecen a una comunidad indígena, los Chuchus, en donde habitan 47 personas, entre ellos 10 adultos mayores, 10 niños y los restantes son adolescentes.

En la comunidad todos se apoyan y reparan en la educación de los niños, independientemente de que fuesen sus hijos o no. Desde muy pequeños, los niños aprenden todo lo relacionado con la cultura y la supervivencia para sobrevivir en la selva. Los adultos les enseñan también el respeto por la madre tierra, por los animales, y el compromiso de lo que representa cuidar de la naturaleza.

Cierto día, el padre de Juliana, tuvo que, con un grupo de personas, viajar hacia otra tribu llamada los Araguacos. Antes de que partieran, la comunidad organizó una despedida para todos los viajantes. Previo a que emprendieran el viaje, el padre de Juliana dejó un mapa para que supieran cuál sería su ubicación.

Juliana siempre estimó a su padre de una forma muy especial. Muchas veces intentó escaparse para ir detrás de sus pasos, pero su madre siempre la retuvo. En vez de regañarla por su irreverencia, su mamá le entregó el famoso mapa a

ella y a sus hermanos para que todos supieran la ubicación real de su padre. Juliana y sus hermanos estaban emocionados al saber en donde se encontraba este; muy inocentemente, Juliana, decidió esconder el mapa, pero no fue lo más prudente al hacerlo. Al día siguiente de aquel hecho, decidió darle un vistazo nuevamente, pero no lo encontró. Buscó y buscó, sin embargo, nada. Recordó que su hermano Sebastián la había visto esconderlo; corrió en busca de su hermano, no obstante, este no aparecía por ningún lado. No estaba en su habitación, no estaba en el baño, tampoco en el comedor ni en la cocina, lo buscó hasta en el patio, nada. Decidió preguntarle a Thomas y a Edison, también a su mamá, aun así, nadie sabía de Sebastián. Su madre se mostró desesperada y comenzó a buscar al hijo también.

Juliana le comentó que el mapa había desaparecido e intuía que algo tenía que ver con Sebastián, ya que era el único que sabía aparte de ella en donde se encontraba. La madre se preocupó aún más y amplió los lugares de búsqueda. Recorrió todos los bosques cercanos y los lugares que sabía que su hijo conocía, pero nada, nadie le daba razones de Sebastián.

María comunicó a todos sus hijos que se asignarían los elementos necesarios para buscar a Sebastián en compañía de otros integrantes de la comunidad, quienes poseían mayores habilidades para rastrear en la selva. Decidieron separarse para abarcar más terreno, se dividieron en tres grupos y partieron cada grupo como acordaron. Pasaron días de búsqueda incansable y nada, no había señales de Sebastián.

Juliana lloró como nunca, estaba muy triste. De tanto pesar se quedó dormida y en sueños recordó a la perfección el mapa que les había dejado su papá. Le comentó a su mamá y decidieron que harían ese viaje. Tal vez Sebastián se encontraba en camino. Era un recorrido de ocho días, así que se armaron de valor y salieron.



La mamá era la líder de la búsqueda, todos la seguían ciegamente. El primer día de aquella travesía se toparon con un sitio lleno de flores y animales. Nunca habían visto algo similar, tan bello, lleno de colores y de diferentes tamaños de plantas. Margaritas, rosas, plantas exóticas, monos, aves, leopardos, todo era nuevo para sus ojos. Ese mismo día Juliana vio a un águila y a un jabalí que pasaron muy cerca de ellos. Sus hermanos no podían creer las variedades de monos que identificaron; el mono aullador, el mono titi, el mono ardilla, todos desconocidos hasta entonces.

Al tercer día encontraron huellas humanas y se dispusieron a seguirlas. Esas huellas los condujo hasta una cascada en donde encontraron a Sebastián durmiendo encima de una roca. Este se despertó de repente y trató de escapar y en esa confusión Juliana pudo arrebatarse el mapa. Los hermanos comenzaron a pelearse y la mamá tuvo que intervenir y llamarle la atención primeramente a Sebastián por haberlos preocupado tanto.

Decidieron que lo mejor era volver a la casa, pero Juliana no estaba tan de acuerdo con eso, ella quería seguir, quería encontrar a su papá y aprovechar aquellos días de tanto caminar. Como líder, su mamá, dispuso que todos los que habían participado de la comunidad en la búsqueda se volviesen con Sebastián, mientras que ella, Juliana y sus otros dos hijos seguirían camino hasta dar con el padre.

Siguieron camino y Juliana encontró más huellas, tomó el mapa que había recuperado y lo estudió detalladamente. Pasaron la cascada que estaba dibujada en aquel mapa, y pudo reconocer que el muro dibujado no era más que una barrera natural que estaba un tanto más adelante. Una montaña los separaba de su padre, quisieron escalarla, pero resbalaban a cada intento. Todos se frustraron, ya que no encontraban ninguna entrada ni ninguna solución posible para pasar al otro lado de aquella montaña.

Cansada, Juliana se acostó sobre una piedra que para su sorpresa se hundió y dejó ver una entrada secreta. Dentro encontraron a su papá que estaba con los demás hombres que habían salido días atrás de la comunidad. El padre los estaba esperando, pues la idea inicial fue que tanto Juliana como el resto tuvieran esa aventura, por eso mismo intencionalmente les había dejado el mapa, pero nunca contó con que el pequeño Sebastián hiciera de sus travesuras. El padre estaba muy contento, los abrazó y los invitó a comer. Juliana no paraba de contarle la travesía que había comenzado a causa del escape de su hermano... pero en su interior presentía que de todas maneras antes o después ella hubiese salido a buscar a su papá.

Santa rosa de Cabal, Risaralda

María Guadalupe Echeverry Casas

Los duendes traviesos

Cuenta la leyenda que, en cierto jardín encantado, existen infinitas flores en las que viven muchos duendes, que aparte de ser pequeños, de orejas largas, llevar sombreros y zapatos puntiagudos, son mitad humanos y mitad zombis, y por demás traviesos. Estos duendes se dedican a embolatar a los niños y en los ratos libres a descansar sobre las flores. Uno de ellos, llamado Fralin, era el más conocido por ser el más travieso de todos.

Un día, una niña estaba jugando a la escondida, ella era la encargada de contar y sus primos de esconderse. Luego de contar hasta veinte, la niña salió a la búsqueda, pero en determinado momento de la caminata, se sintió perdida. No sabía en donde estaba y no veía a ninguno de sus primos alrededor. Estos, al ver que las horas pasaban, comenzaron a buscar a su prima. Encontraron un caminito hecho de piedras, el cual siguieron. Entraron a un jardín encantado, lleno de flores. Bajo una de ellas, su pequeña prima descansaba. Rápidamente, la despertaron y la llevaron de regreso a su casa; estaban asustados y se prometieron no volver a jugar en lugares peligrosos. Era verdad lo que decían las leyendas... los duendes se mantienen escondidos en las flores.

La nube mensajera

Una noche, Sebastián y sus amigos, fueron a acampar e hicieron una gran fogata. El fuego fue tan grande que iluminó a una nube que volaba bajito sobre ellos. Para su sorpresa, la nube habló, les dijo que tenía una carta de sus padres y que se las entregaría si le prometían que la leerían a la mañana siguiente, porque de lo contrario caería un hechizo sobre ellos.

Sebastián y sus amigos le hicieron caso a la nube y al otro día por la mañana abrieron la carta. En la misma, sus padres le advertían de la nube, de que se alejaran de ella, que no era lo que parecía. Ninguno tomó en serio aquel aviso.

La nube cada noche aparecía a luz de la fogata y les entregaba una carta. La operación se repitió por días y días, hasta que de la nada, la nube dejó de aparecer. Sebastián y sus amigos la esperaron noche tras noche y nada. Así se fueron las semanas y todos empezaron a preocuparse, pensando en las cosas horribles que le podrían haber sucedido a la nube. Decidieron entre todos que debían de ir en su búsqueda, que no podían quedarse de brazos cruzados. Caminaron por dos días y llegaron a un sitio en donde el calor era insoportable. A unos metros de ellos, la nube estaba recostada sobre unas piedras; se la notaba cansada, enferma, triste y sola. La nube, al verlos se alegró, les pidió perdón por no haber podido seguir llevándoles las cartas, pero es que estaba enferma.

Sebastián y sus amigos cuidaron de la nube hasta que esta repuso sus fuerzas. La nube volvió a tomar color, a poder volar y todo gracias a los chicos. Todos se pusieron muy felices al ver que la nube volvería cada noche a repartir cartas.

El príncipe y el dragón

En el castillo más hermoso del mundo vivía un príncipe muy curioso. Un día decidió a modo de juego explorar cada rincón del castillo, nada debía de quedar sin descubrir. Cuartos, cocinas, torres, sótano, jardín... en cada habitación entró. Vio estatuas, artefactos antiguos, muchas flores, animales y se sorprendió al encontrar un dragoncito muy chiquito que corría como perdido. Sin perder tiempo lo persiguió hasta acorralarlo y con mucho cuidado lo sostuvo en sus brazos. El dragoncito, al ver que el príncipe solo quería ayudarlo, se relajó. Pero algo inesperado sucedería, de la nada una sombra enorme apareció a un costado. Un dragón de un tamaño descomunal lo miraba fijamente. El príncipe se paralizó al notar que el dragón se enfurecía cada vez más.



El pequeño dragoncito se zafó de las manos del príncipe y corrió a los pies de su padre. Entonces el príncipe entendió que el dragón solo quería a su hijo, que nada quería hacerle a él. Ni el dragón ni el príncipe llegaron a usar la fuerza. Nunca salió fuego de la boca del dragón y el príncipe nunca llegó a desenfundar su espada.

Ganadores año

2022

Categoría Familiar

Supía, Caldas

Erica Tapasco, Hilary Tapasco, Emanuel Tapasco y Miguel Tapasco



Las historias de papito Juan...



Las vivencias que van a empezar a imaginar serán resultado de las historias que aquí vamos a relatar. Me llamo Juan y soy un anciano con mucha memoria, y de esta forma vamos a comenzar.

Un sábado estaba en San Joaquín, el pueblo en donde nací, cuando vi venir a don Ramón, que llevaba un maletín con todos sus extraños menjurjes que según él eran “la cura para todo mal”. Me acerqué a saludar: ombe Ramón, para donde va con tanto afán.

—Compadre Juan, que alegría, camine, vamos para carrizal que están en plena gallera. Eso va a estar bueno.

Y pues... como a mí me gustan las peleas de gallos, arranqué detrás de él. Llegamos y eso estaba lleno de gente forastera y otros conocidos, todos andaban de fiesta. Don Ramón tiró un plástico en el piso y sacó del maletín lo que traía y empezó con una retahíla más brava para que le compraran los brebajes. Yo me quedé ahí mucho rato, dizque acompañándolo mientras él vendía alguna cosa para ver si me invitaba algo fresco. Pero por más cuento que echaba nadie le compraba nada y es que estaban todos entretenidos bebiendo y apostando. Cansado y aburrido, le dije: Vámonos, a lo que me dijo: no, no... yo me voy a quedar un rato a ver si me recupero. Ya eran las 10 de la noche. Yo arranqué y me fui solo carretera abajo por ahí unos 20 minutos y me dio por fumarme un cigarrillo, pero no tenía cómo prenderlo. Seguí caminando y alcancé a ver a un señor sentado en una piedra y me arrimé. Amigo, buenas noches, de casualidad, tiene candela que me preste, le dije. De un momento a otro sacó un hachón de candela grandísima, alzó la cara y dejó ver unos dientes enormes. Me asusté y salí corriendo como alma que se la lleva el diablo. Lo dejé lejos y vi que más adelante caminaba un señor y lo alcancé para no caminar solo. Vecino, le dije y le solté el cuento. No sabe vecino, me acabo de pegar un susto el berraco allá arriba. Imagínese que le pedí candela a un tipo y cuando me miró tenía unos dientes grandotes. El hombre al que le contaba, se rio y me dijo: ¿Serían más grandes que los míos? Y pum, me desmayé.

Otro día venía tarde, ya de noche, llegando a la finca, cuando por allá en un rancho que había donde metíamos los aparejos de la mula vi una cosa blanca que parecía una persona parada y yo dizque, noooo, a mí no me la hacen otra vez y cogí y me desvié del camino y di tremenda vuelta por un potrero para llegar a la casa y me entré de una a dormir. Cuando amanecí me fui para el rancho para ver que veía y resulta que lo que a la noche había visto era un costal colgado de un palo. Pero como yo estaba asustado, espantado con lo de carrizal, el viejo de los dientes, me imaginé lo peor.

Estas y muchas más historias eran las que mi abuelo Juan nos contaba cada vez que íbamos a visitarlo, y es que con sus ocurrencias nos hacía reír y en otras ocasiones asustar, pero nunca nos aburríamos pasando las vacaciones en su pequeña finca. Siempre recordaré las historias de papito Juan.



Mi hermosa familia

Había una vez una familia muy unida que vivía en un pueblo llamado Circasia, donde eran felices. En este pueblo todos eran amigos y se conocían entre sí.

El miembro mayor de la familia era la querida abuelita, siempre enseñando y contando cosas nuevas. Debido a sus enseñanzas y su humildad, las tradiciones y las celebraciones siempre han sido valoradas. Por ejemplo, la Semana Santa, siempre se vivió del primer día al último, haciendo la vigilia correspondiente, sin comer carne, siguiendo y respetando el protocolo de la iglesia. Todo transitado con mucho amor y devoción.

La abuela nos llevaba bien vestidos y organizados a las procesiones, al viacrucis, la soledad, el Domingo de Ramos, la vigilia pascual, entre otras, a las que nunca faltábamos.

Sus costumbres gastronómicas marcaron también a la familia. El sancocho, el sudado de pollo o carne, los famosos frijoles, los blanqueados por los cuales había que madrugar para ir al matadero a pedir la sangre fresca de las vacas, los caldos de raíz, las deliciosas migas, los huevos revueltos, los pericos, los deliciosos caramelos que ayudábamos a hacer y nos quemábamos las manos. Esto es una muestra de la cocina de la abuela que se transmitió de generación en generación.

Circasia, Quindío

Luciana Rojas Ramírez y Sergio Rojas Ramírez



Tras su muerte todos hemos tratado de mantener las hermosas tradiciones que nos legó, entre ellas, los 1000 Jesuses, el día de la santa Cruz el 3 de mayo, los diciembres cantando las novenas alrededor del pesebre y la entrega de regalos, y el marrano; nunca faltó el tío loco y la pólvora y el 6 de enero, los reyes, otra ocasión para encontrarnos. Ya comenzado el nuevo año empezaban los cumpleaños de fulanito y fulanita, en febrero el de tal o cual y si continuo no termino más. Me olvidaba, también, las famosas fiestas de Circasia en las que siempre participamos.

Esta hermosa familia no tiene fin, siempre habrá algo nuevo que contar para compartir.

Juan y la madre tierra

Juan era un niño al que le gustaba ayudar a recoger la basura de la comunidad en donde vivía, porque de ese modo cuidaba a la madre tierra. Su sueño era crecer para llegar a ser el líder de su territorio y, de esta forma, enseñar a todos los habitantes la importancia de cuidar el medioambiente. Juan observaba que su pueblo estaba sumamente sucio y descuidado, dado que las personas arrojaban residuos a las quebradas, colillas de cigarrillos a los guaduales y otra clase de basura. Juan estaba muy triste al ver todo esto y sabía que era el único que se preocupaba realmente por la madre tierra.

Cierto día, en una tarde muy lluviosa, ocurrió una tragedia. La quebrada, debido a la acumulación de basura, se desbordó, llevándose a su paso y con toda la fuerza, animales, pequeñas casas, pertenencias varias. Las personas de la comunidad estaban muy afligidas al ver que todo lo ocurrido podría haberse evitado simplemente protegiendo la naturaleza. Desde aquel día, toda la comunidad tomó conciencia y apoyó a Juan a cuidar de la madre tierra.



Categoría infantil

Quinchía

Jaider Andrés Álzate

La verdadera Felicidad

Esta es la historia de dos niños muy lindos e inteligentes, uno de ellos llamado Sebastián, el cual tenía muchos juguetes, ropa de marca y muchas comodidades. El otro, era Felipe, que a diferencia de Sebastián, era pobre.

Un día ocurrió una tragedia: numerosos niños fueron afectados por un virus y entre ellos se encontraba Sebastián. Felipe le dijo a su madre que a él le gustaría tener tantos juguetes como este niño, a lo que ella le contestó que no todos contaban con las mismas comodidades, pero que lo más importante era tener salud, una familia y amigos en la escuela. El niño no era capaz de comprender esto.

Tiempo después, a Sebastián se le agravó el cuadro y fue a parar al Hospital. Felipe lo visitó con su madre y le preguntó cómo se sentía. Él les dijo que mal, ya que la riqueza de los niños era la salud, porque estando enfermos no podían jugar, salir al parque a pasear las mascotas, correr en las calles o en la escuela. Felipe comprendió entonces que la felicidad de su amigo no se encontraba en lo material, sino en todo lo que compartía con él y sus otros compañeros de estudio. Saliendo del hospital, su madre le dijo que esa era la verdadera felicidad.



Categoría Juvenil

El alcalde y la suricata



Hace muchos años, en una isla desierta habitaba un animal milenario que, injustamente, estaba en peligro de extinción. Cada día, a su alrededor había menos árboles, menos alimento y su habitat ya no le proporcionaba una vida sustentable. El animal del que hablo es conocido por Suricata.

El alcalde del lugar fue el responsable, ya que ordenó cortar todo tipo de árboles, sabiendo que diferentes animales como las ardillas, los monos, los perezosos, osos, gorilas, aves y nuestra famosa suricata podían morir.

En unos de sus recorridos habituales en busca de comida, la suricata se perdió más allá de la isla. Finalmente, terminó en el patio de la casa del alcalde, agotada y muy deshidratada, tenía un aspecto muy desmejorado. El alcalde, al observarla de esa manera, sintió mucho dolor y reflexionó sobre todo el daño que estaba ocasionando a los animales. Inmediatamente, llamó a todos los trabajadores y les pidió que pararan de talar los árboles de la isla. Gracias a esto, todos los animales pudieron seguir viviendo sin preocuparse.

Atravesando el mar... de la muerte

Transcurría el año 500 a. C. y Pandora estaba cada vez más hermosa. La hija de la gran Atenea y del valiente Aquiles, pretendida por muchos seres, no solo del plano de las deidades, sino también del mortal. Su belleza era colosal, de grandes atributos físicos y una valiosa sabiduría heredada de su madre. Pandora era feliz paseando por el bosque, disfrutaba de la naturaleza, se sentía colmada. Un día, en uno de esos tantos paseos, oyó un ruido proveniente del lago. Corrió a mirar y se encontró con la imagen de un hombre desnudo, nadando y bañándose tranquilamente. Pandora quedó sorprendida por esta escena, pues nunca se encontró en una situación tal; había algo extraño... no podía dejar de mirar. Le gustaba lo que veía escondida detrás de un árbol.

El hombre en cuestión era Dante. Venía de una isla cercana, realizando una travesía, intentando llegar hasta el final del mar. Al igual que Pandora, Dante era objeto de deseo por innumerables mujeres, debido a su elegancia y gallardía. Sin embargo, él no había experimentado interés en ninguna mujer y por el momento solo pensaba en cumplir su misión. Al llegar a la tierra de Pandora, los rumores sobre la belleza de esta llegaron a sus oídos. Dante no prestó atención a aquellos comentarios, no estaba interesado en relacionarse y aparte no pensó que fuera la gran cosa, la tal Pandora. Nunca nadie lo había conquistado, ni siquiera Tisbe, una divinidad enamorada de él, a la que nunca había correspondido.

Pandora siguió observando aquel cuerpo, aquella desnudez, sin percatarse de que Tisbe, quien siempre vigilaba a Dante, se había percatado de ella. Se encontraba furiosa y celosa; según ella, ese hombre le pertenecía.

Pandora no apartaba sus ojos del agua y cuando quiso acercarse un poco más, sin querer, tropezó con una raíz. El ruido fue tal que llamó la atención de Dante, quien se cubrió rápidamente y se puso en guardia. Pandora asustada salió corriendo y Dante empezó a perseguirla. La persecución fue corta porque Pandora no estaba acostumbrada a correr. Al acercarse lo suficiente, Dante pudo ver a aquella mujer y quedó hipnotizado ante su belleza. Sus ojos le daban cierta confianza y se miraron por unos segundos y se dejaron llevar. Fue pasión pura. Por alguna razón, sin siquiera conocerse, sabían que eran el uno para el otro.

Tisbe tenía unos celos enfermizos y con esta situación decidió tomar venganza. Si Dante no era para ella, no sería para nadie.

Salento, Quindío

María Fernanda Marulanda Bedoya

El libro de colores



Hola, soy Pablo o bien Pablito, como me dice todo el mundo. Vengo de un pueblo consumido por el miedo y el dolor, ya que las personas que yo conocía fueron desapareciendo con el tiempo. Les cuento cómo empezó esta pesadilla.

23 años atrás

Vivía en un pueblito lleno de luz, música y alegría hasta que un día, unos hombres vestidos de soldados aterrizaron a todo el mundo. Recuerdo la ocasión en que nos llevaron hasta la plaza principal, un general se presentó y dijo: que él y sus hombres protegerían al pueblo y que no debíamos inquietarnos por nada. Pasado un tiempo, todo se encontraba tranquilo y relajado. Sin embargo, para donde mirásemos, había soldados con armas rondando por la escuela y las calles.

Día normal en la escuela, clase de matemáticas y la profe comenzó a repartir libros. Nos percatamos de que le sobró uno y Jaimito, quien se encontraba enfrente de la fila, aprovechó un descuido de la maestra y tomó el libro. Justo tocó el recreo y salimos todos contentos, y nos reunimos en círculo, en el patio, con el libro en el centro. Jaimito señaló: en este libro dibujaremos nuestros mayores sueños.

Todos nos miramos y aceptamos. Jaimito empezó. Se dibujó con una bata de doctor, lleno de colores y formas. Al ver esto, Víctor le preguntó: ¿por qué de doctor?

Jaimito respondió: porque quiero salvar vidas.

Víctor tomó el lápiz y se dibujó a él mismo como un gran futbolista, y exclamó: deseo ser un gran futbolista, reconocido, para poder viajar por todo el mundo.

Llegó el turno de Gonzalo; este tomó el lápiz y se dibujó como un profesor, y expresó: quiero enseñar, para que los niños aprendan cosas nuevas y así puedan cambiar su vida para bien.

Cuando fue mi turno, entraron soldados en el colegio y dieron la orden para que nos reuniéramos. Uno de ellos dijo que nos formaríamos. El rector comenzó a llamar a los más grandes. Todos nos miramos con tristeza, asustados. El capitán que se encontraba junto al rector les comunicó a sus hombres que era hora de marcharse. Se llevaron a Jaimito con ellos y nunca más supimos de él. Escondí el libro. Cuando salíamos del colegio, vimos un carro con niños encima y a Jaimito, con cara de angustiado.

Cierta noche comenzamos a oír disparos. Con mi mamá nos escondimos debajo de la cama, hasta que amaneció. Cuando salí para la escuela, observé que la casa de Jaimito estaba destruida. Me saltaron las lágrimas. Les conté a Víctor y a Gonzalo, no podían creerlo. Gonzalo nos informó que la familia de Lupita se había escapado por la noche. Saqué el libro y comencé a dibujar la casa de Jaimito como un loco.

Siguieron cargando niños en los camiones, supuestamente se los llevaban para el monte. No podía dejar de pensar en todo aquello, pero por algo, continuaba dibujando.

Mamá estaba muy asustada, no quería que me ocurriera lo que a tantos chicos. Para colmo, una vecina, nos contó que habían encontrado muerto a la orilla del río al mismísimo Jaimito. Al escuchar aquel horror quise salir en busca del padre de Jaimito, pero mi mamá no me dejó. Se puso seria y me mandó a empacar ropa. Le hice caso sin chistar. En el afán se me cayó el libro con los dibujos y mi madre lo recogió. Por la noche, salimos a escondidas del pueblo; estaba nervioso





y triste porque entendía que me separaría de mi mamá. Ella me pasó el libro, me pidió que lo cuidara y que en los momentos en que me sintiera perdido, dibujara.

Nos despedimos, nos dimos un fuerte abrazo, y me interné en la selva.

A escasos metros me encontré a Gonzalo, que me manifestó que la madre también lo había ayudado a escapar. Más adelante, Víctor se nos unió; estábamos felices de estar juntos nuevamente. Nos encontrábamos sumamente cansados, y nos dejamos batir por el sueño debajo de la copa de un árbol.

Despertamos por la mañana con unos disparos. Comenzamos a correr y, en la huida, nos topamos con unos conocidos del pueblo, quienes ahora vestían de soldados. Nos preguntaron que para donde íbamos tan apurados, apuntándonos con sus armas. Dijimos que estábamos haciendo un campamento, pero no nos creyeron. Víctor, que es muy hábil, en un descuido de los soldados, cogió una piedra y la tiró para crear una distracción. Corrimos nuevamente y ganamos terreno.

La balacera no cesó y nosotros no podíamos dejar de escapar. Gonzalo, en la fuga, pisó una mina. Víctor y yo nos detuvimos mientras que Gonzalo permanecía inmóvil. Los hombres estaban cada vez más cerca. Nosotros no teníamos idea de lo que era una mina, ya que en aquel entonces éramos unos niños. Gonzalo nos explicó que era un explosivo muy peligroso y que, si se movía, podía volar por los aires en mil pedazos. Nos pidió que nos fuéramos y así lo hicimos. A los minutos se escuchó una explosión. Vimos el humo ganar el cielo.

Con Víctor mucho más adelante nos derrumbamos de cansancio, las piernas no nos daban más. Saqué el libro de la mochila y comencé a dibujar sentado. Víctor me observaba en silencio. En algún momento nos quedamos dormidos. Cuando abrimos los ojos, ya era de día y no sabíamos en dónde estábamos. Al retomar la caminata, llegamos a un río y nos dio miedo cruzarlo. Lo bordeamos cuesta abajo y encontramos una gran cantidad de gente muerta sobre las rocas. Nos echamos la bendición y seguimos hasta encontrar una carretera. Vimos un carro de la policía, escapamos y ellos echaron detrás de nosotros. Nos gritaron que simplemente querían ayudarnos, que eran policías y no militares. Cedimos y nos acercamos a hablar. El oficial muy amable nos preguntó que de dónde éramos y para dónde íbamos, a lo que contestamos que éramos de Quépale y no sabíamos para donde íbamos. El oficial nos miró fijamente y nos prometió trasladarnos a un lugar seguro. Nos subimos al carro y enseguida Víctor se quedó dormido. Yo miraba por la ventana, observaba el movimiento, que era

mayor al de mi pueblo; me asombré al ver tantos edificios... en nuestro pueblito no había nada más que montañas y fincas.

Terminamos en un orfanato y no puedo quejarme, nos trataron muy bien. Teníamos comida, ropa limpia, estudio, una cama cómoda y varios amigos. Meses después, la encargada del lugar nos presentó a Víctor y a mí, nuestros posibles padres potenciales.

Víctor se puso muy contento al conocerlos. Su nueva madre y su nuevo padre eran abogados y lo mandaron a la mejor escuela de fútbol y al mejor colegio del pueblo. En cambio, mi nueva mamá era escritora y mi nuevo papá era el dueño de una empresa de concesionarios. Me metieron al mismo colegio que Víctor y me inscribieron en una escuela de pintura. A uno de sus padres le salió trabajo en Estados Unidos y para allá se fueron. Yo, en cambio, nunca salí de Colombia.

Ahora, ya somos adultos. Cada uno tiene su familia y nos va bien. Víctor continúa en Estados Unidos, es un excelente futbolista, tiene una hermosa esposa y dos hijos a los que ama mucho. A la niña le puso el nombre de su madre, Marisol, y al niño el nombre de nuestro amigo, Gonzalo. Yo gestiono la empresa de mi padre y, de cuando en cuando, me pongo a escribir como mi madre adoptiva. Tengo una mujer excepcional y cuatro hijos magníficos. A las niñas les puse Diana, Liliana, María, y al niño Jaimito.

Guardé el libro por mucho tiempo. Mi hijo lo encontró en una de sus tantas inspecciones ante el aburrimiento. Me preguntó por qué el libro estaba rayado y lleno de dibujos. Me senté con él, recuerdo, y llamé a las niñas. Le estaba por contar la historia, cuando mi esposa les dijo a los niños que ya era hora de dormir. Me quedé solo, con el libro en la mano y repasé todos aquellos dibujos. Me sorprendí al ver el último, eran mis amigos y mi familia y no estaba coloreado. Cogí los colores de mis hijos y empecé a pintar el dibujo. Mientras lo hacía, recordaba mi pueblo y a aquellas personas que una vez conocí.

En diciembre llegó Víctor, con su familia, para las fiestas. Nos pusimos al corriente. Le dije que era una locura, tener una familia y un buen trabajo, teniendo en cuenta de dónde veníamos y por todo lo que habíamos pasado. Víctor me miró, movió la cabeza afirmando y me pasó una cerveza.

Fui a buscar el libro y se lo mostré. Toda la familia, que estaba atenta a lo que hacíamos, se reunió en torno al libro y a nosotros. Víctor me abrazó y celebramos en silencio... con cierta melancolía.

Esta autobiografía es un homenaje a los niños y niñas que sufrieron el dolor de la guerra.

Categoría

Mediador LEO



La hechicera

Eran las dos de la tarde y mi abuela, con su larga falda, su delantal de lino y su pañoleta de flores, se sentaba a contar historias, en el corredor de aquella casa antigua de bareque, situada a dos cuadras del parque de Guamal.

Estas anécdotas no solo las escuchaban sus tres hijas, sino también las vecinas, que fascinadas se deleitaban con los extraordinarios sucesos y el olor a frijoles calándose en el fogón de leña. Como les parece mis hijas - iniciaba la abuela - que en el año 1849 ocurrió un hecho extraordinario aquí en Guamal.

Mi abuela, o sea la tatarabuela de ustedes, que en ese entonces era una mujer esclavizada y tenía 25 años de edad, se llenó de una tristeza infinita al saber que estaba embarazada de Graciliano, su marido. Entendía que su hija o hijo nacería esclavizado.

La abuela se llamaba Balbina y con Graciliano pasaban noches enteras planeando qué hacer para evitar que la criatura fuese un esclavo más. El trabajo en la mina era realmente inhumano y los amos desconsiderados.

Pasaron los meses y llegó el momento del nacimiento del bebé. Balbina le pedía con rigor a los dioses africanos que los dolores de parto le dieran en la noche, y fue escuchada. Ella y Graciliano salieron en la oscuridad sin que nadie los viera, rumbo a la vereda de Guamal. Allí estaban los refugios de las personas originarias que cosechaban maíz, hacían chozas de paja y cultivaban.

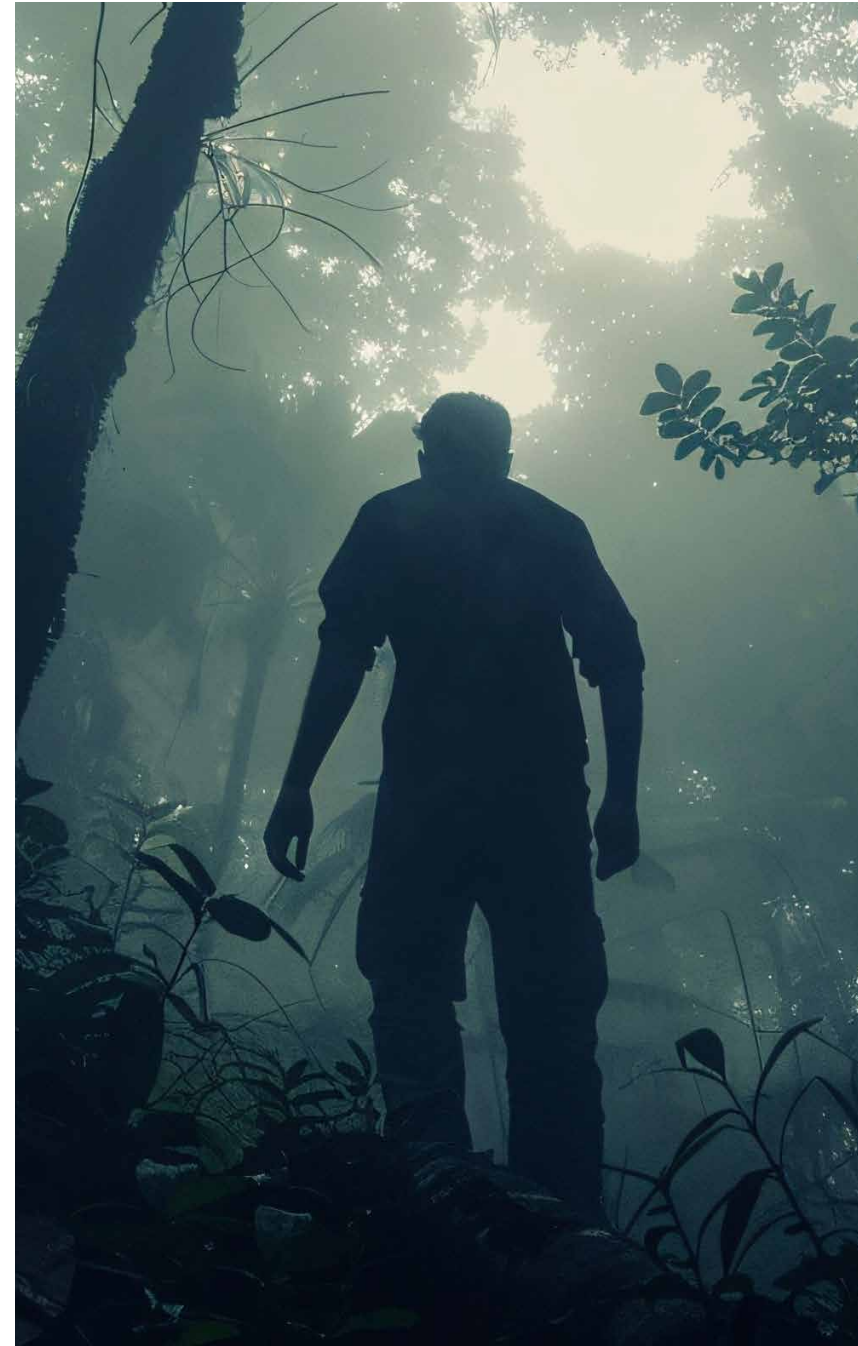
A las 3 de la mañana nació una niña afrodescendiente diminuta, de grandes ojos, nariz chata y cabello ensortijado. Una mujer originaria cincuentona le atendió el parto sin complicaciones. Balbina abrazó a su pequeña hija y se despidió, rogándole a la mujer que se la llevara a las montañas de San Lorenzo, de donde era ella oriunda.

A la mañana siguiente, el rumor que había en el bohío de los esclavizados era que Balbina había tenido a su hija sin vida. El capataz, muy enojado, con gritos e injurias, pidió que desenterraran a la niña muerta. Ya estaba todo calculado. La noche anterior, mientras Balbina pujaba bañada en sudor, el valiente de Graciliano fue al monte, cazó una especie de las que abundaban por ese sector y la enterró cerca al bohío de los esclavizados. Esto fue lo que mostró al severo capataz que, enceguecido por la ira, no observó con detalle y se conformó con lo que medio vio.

Pasaron quince años. En el territorio había rumores de que un extraño ser aparecía en los socavones, llevando deliciosos alimentos a base de maíz para los esclavizados, quienes mitigaban el hambre, presurosos para no ser vistos. Este extraño ser tenía las facciones de una mujer de piel oscura, su vestimenta y su modo de hablar eran similares a las de personas originarias, pero su mirada no era de una mujer afrodescendiente, tampoco de una mujer originaria, ¡mantenía una mirada de hechicera!

Durante tres meses visitó todos los socavones. Poseía una malicia fuera de lo común, tanto que nunca la vieron los malvados capataces de las minas. En esos tres meses se informó de las iniquidades de los capataces, sobre quiénes eran los más benevolentes y quienes los más crueles.

De un momento a otro desapareció, nadie volvió a verla. Llegó diciembre y comenzaron a ocurrir hechos misteriosos. Ya nada volvería a ser igual.



Santa Rosa de Cabal

Héctor José López Quintero

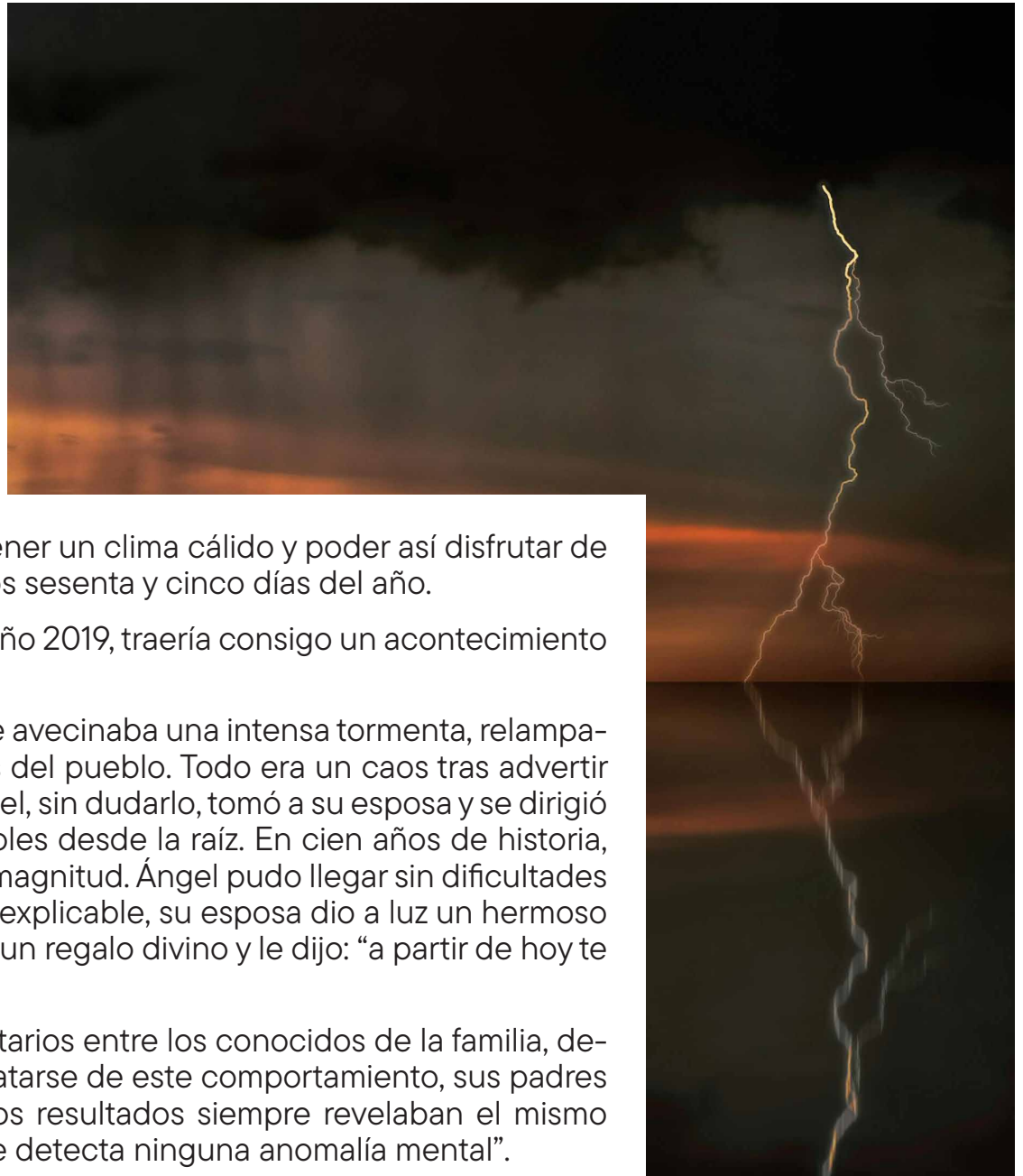
El niño de las estrellas

La localidad de Villa Alegría se caracterizaba por tener un clima cálido y poder así disfrutar de hermosos días primaverales, durante los trescientos sesenta y cinco días del año.

La llegada del amanecer del 24 de noviembre del año 2019, traería consigo un acontecimiento que marcaría la historia de la localidad.

En casa de Ángel y Celeste el tiempo transcurría; se avecinaba una intensa tormenta, relampagueaba y los truenos ensordecían a los habitantes del pueblo. Todo era un caos tras advertir que el vientre de Celeste se inflamaba deprisa. Ángel, sin dudarlo, tomó a su esposa y se dirigió al hospital. La fuerte lluvia había desprendido árboles desde la raíz. En cien años de historia, nunca habían experimentado una tormenta de tal magnitud. Ángel pudo llegar sin dificultades de igual manera y, para su sorpresa y de manera inexplicable, su esposa dio a luz un hermoso bebé. Lo tomó en sus brazos, aceptó al niño como un regalo divino y le dijo: “a partir de hoy te llamarás Mercurio, hijo de las estrellas”.

Tiempo después, Mercurio, sería objeto de comentarios entre los conocidos de la familia, debido a su constante observación del cielo. Al percatarse de este comportamiento, sus padres lo sometieron a diferentes exámenes médicos. Los resultados siempre revelaban el mismo diagnóstico: “coeficiente intelectual superior, no se detecta ninguna anomalía mental”.



Llegó para Mercurio el momento de enfrentarse a su vida escolar, donde sus jornadas pasaban entre regaños de parte de los profesores que no entendían su manía de pasar horas junto a las ventanas del aula mirando el cielo. Todos los días era objeto de burla y agresiones por parte de sus compañeros, pero él ni siquiera se inmutaba y permanecía en su mundo. Lo que aliviaba en cierta medida a sus padres eran que sus calificaciones eran aceptables.

El tiempo transcurrió y, a pesar de todos los obstáculos, Mercurio alcanzó la mayoría de edad. La tormenta que de manera abrupta años atrás había cambiado la vida de Ángel y Celeste volvió a repetirse un 24 de noviembre de 2037. Eran las tres de la tarde, el cielo se oscureció repentinamente y fuertes vientos comenzaron a soplar. Mercurio sintió la urgencia de abrir la ventana; un haz de luz iluminó todo su cuerpo de inmediato y lo abdujo hacia su fuente de origen. Desde aquel día no se volvió a saber nada de él. Los padres encontraron un diario en la mesa de noche de Mercurio. Los relatos que habían escrito allí eran todas las experiencias de violencia vividas por su hijo. A partir de ese libro, decidieron impulsar su voz y, en su honor, construyeron una fundación en la que cada 24 de noviembre festejan el día de la integración intercultural.



Deseo de conquista

Cuentan que, entre las cordilleras del Quindío, cuando los españoles llegaron a las tierras gobernadas por caciques, una agrupación de hombres y mujeres vestidos con extrañas prendas largas y cubiertos de pies a cabeza, arribaron con grandes cargamentos que instalaron para aplacar la tierra en la que se encontraban.

Lo primero que hicieron fue construir una edificación que serviría como resguardo. Cortaron árboles de miles de años y no pidieron permiso a los animales para ser su alimento. A las plantas sagradas del lugar solamente las veían como mera maleza, aunque útil para dilatar sus pupilas.



En medio de la selva, cada mañana, a las seis, Sor Martina salía a alimentar las gallinas que habían traído desde el otro lado del mundo. Ella, una joven de 28 años, encontraba en sus hábitos la calma que su alma necesitaba. El blanco de su cofia desprendía un halo cándido, un brote de luz que iluminaba cada paso que daba, pero su mirada guardaba secretos que únicamente las brujas pueden descifrar. Una mirada que, aunque serena, incendiaba las pasiones de estos seres que debían ser cristianizados a fuerza de balas y torturas.

Mientras ella alimentaba las gallinas, las demás novicias cumplían con sus menesteres para que el aposento se encontrara en óptimas condiciones, pese a las variaciones climáticas de la selva. La guadua y los árboles nativos como fuente para su resguardo, eran utilizadas como si de un ritual se tratara: pulían, lijaban, aserraban para así poder tener suelos limpios, barandas brillantes, escaleras enceradas y en la cocina, en ese edén sagrado, se debatían entre la gula pecaminosa y la necesidad de ser saciados por la voracidad de sus apetitos, en el que cualquier Dios podía sucumbir.

Fue precisamente en ese escenario, en donde los secretos más oscuros hallaron refugio, cuando en las noches los grillos permitían ser acompañados musicalmente por los jadeos que sor Martina lanzaba. Aunque, a decir verdad, no se lograba descifrar si se trataba de un llanto, un gemido de miedo o un susurro, pero que de todos modos captaba la curiosidad de los oyentes más cercanos. Uno de ellos era Quillén, un indígena que tenía como misión proteger a su comunidad, especialmente ahora



que unos hombres blancos afirmaban que ellos no eran dignos de vivir, que debían cambiar su lenguaje y su forma de vestir. Afirmaban, además, que ya no podrían adorar al sol ni a la madre tierra y que los niños debían ser bautizados bajo una religión llamada cristianismo. De ahora en adelante, venerarían a un ser llamado Dios, quien era el creador de todas las cosas y que la falta de obediencia al mismo se castigaba con la muerte.

Sin embargo, para Quillén no era normal que un Dios fuese tan despiadado y cruel, cuando sus dioses eran amables y los suplían de las bondades que la tierra poseía para ofrecerles. Estos interrogantes fueron respondidos una noche, que perturbado por los quejidos que escuchaba, decidió ir a confrontar el origen de los mismos.

Atravesó el corredor en penumbra, cuando observó la silueta de una mujer entremezclarse con los colores de la madera, dibujando el movimiento de un cuerpo. Mientras se acercaba, los quejidos intensificaban su volumen. Al asomarse al umbral de la puerta, vio que Sor Martina danzaba al ritmo de su voz con movimientos de cadera. Sus manos eran la caricia que su cuerpo reclamaba y el olor que desprendía era el elixir que seducía cada poro de Quillén, que como si de una brujería se tratara entró a la cocina a convertirse en la pareja de baile de Sor Martina. Quillén entendió que los dioses también habían otorgado pasiones, que habían entregado a los seres humanos la llama del deseo, y que las palabras muchas veces disfrazaban los verdaderos sentires. Y aunque guardaron el secreto ante el Dios vengativo y la comunidad, una noche fueron sorprendidos por uno de los hombres blancos. Uno de los tantos que pensaban que por haber llegado a tierras no conocidas se convertían instantáneamente en un ser supremo. Un hombre que no comprendía la llama que se desprende de un beso, era un hombre hostil, perturbado por la codicia que jamás entendería el secreto de los amantes.

Los dos fueron delatados y señalados. A los dos los llevaron al resguardo, que un día fue la fuente de historias, de rituales, de danzas, de chamanes y festejo, y que ahora se había convertido en un centro de castigo, de ejemplo y de burlas.

Ambos fueron la cuna que la parca bordeó, cuando de sus gargantas una soga se abrazó para danzar al ritmo del viento mientras sus cuerpos se movían en péndulo, desprendiendo por última vez la exhalación de sus deseos.

Categoría Pre-juvenil

El libro de los deseos por cumplir

Había una vez un niño llamado Camilo, al que le gustaba viajar, conocer, aprender y ayudar a los demás. Cada verano, sus padres, lo enviaban a una ciudad, la cual no se encontraba en el mapa, a pasar unos días con su tía. Camilo estaba muy feliz y por eso, cuando llegaba el verano, ya tenía las maletas preparadas.

Un día, apenas llegó ese verano, Camilo se despidió de sus padres y emprendió viaje. Siempre se encontraba a gusto en aquel lugar y disfrutaba de compartir con su tía y sus amigos, Tom y Carlitos, en esa época del año. Al llegar al pueblo, salía corriendo en busca de sus dos amigos que se alegraban ni bien verlo. Se abrazaban y festejaban y de un momento a otro se internaban en el bosque a jugar. En ese recorrido, Tomás se cayó a un hueco y, para su sorpresa, dentro de ese agujero en la tierra, encontró un viejo libro. A Tomás no le agradaba leer y no le prestó mucha atención, es más, tomó el libro y lo arrojó muy lejos.

—Que acabas de arrojar— preguntó inquieto Camilo.

—Nada, un libro viejo y feo— respondió Tomás.

—Voy a verlo, me gustaría leerlo— agregó Camilo y corrió hacia él.

Tomó en sus manos el libro, lo acarició, le limpió la tapa y leyó la portada. El título llamaba mucho su atención: “El libro de los deseos por cumplir”. Debido a su fascinación por la lectura, Camilo se inclinó y comenzó a examinarlo de manera detallada. Para su sorpresa, observó que todas sus hojas se encontraban en blanco.

—¡Es un libro nuevo y blanco! — gritó.

—Mostrame— replicó Carlitos.

Este último descubrió que el libro tenía lápices de colores y pensó que podrían escribir en él.

—¿Qué tal si escribimos nuestros deseos en este libro? — dijo Carlitos.

—Me encanta esa idea, podemos usar los lápices de colores— añadió Camilo.

—Nooo, ¡qué pereza! Mejor vamos a jugar— manifestó Tomás aburrido.

Tanto Camilo como Carlitos estaban más que entusiasmados, era una aventura para ellos. Se turnaron para escribir en el libro todo aquello que deseaban para sus vidas.

Camilo inicio:

Querido libro de los deseos por cumplir, me llamo Camilo. Soy un niño muy aplicado en la escuela. Me gusta viajar, conocer, aprender y ayudar a los demás.

¿Sabes algo querido libro? Siempre he deseado que las personas que tienen alguna enfermedad se curen.

Continuó Carlitos:

Querido libro de los deseos por cumplir, mi nombre es Carlitos, soy un niño muy amable y amo mucho a mi familia. Me gustaría pedirte algo muy especial... simplemente quiero que mi familia esté muy bien en la vida.

Tomás los observaba fijamente y leía lo que estaban escribiendo sus compañeros. Le pareció una broma lo que ponían en el libro, entonces solicitó su turno y escribió:

Querido libro, quiero un celular para jugar, quiero juguetes nuevos, quiero ser rico y quiero mucho dinero para comprar dulces.

A medida que Tomás escribía sus deseos, estos iban apareciendo de inmediato. Viendo esto, Camilo y Carlitos se emocionaron y empezaron a pedir cosas materiales. Entre más pedían, más cosas aparecían y a la vez querían más y más. De repente el libro se cerró y se volvió a abrir en una hoja en blanco. En las hojas comenzaron a aparecer palabras, el libro les estaba hablando, les decía:

Ya pidieron bastantes deseos y han abusado de la magia que poseo. Olvidaron pedir lo más importante: como el amor, la comprensión y el respeto.

Tomás preguntó asustad: ¿cómo lo haces?

Antes de que el libro pudiera escribir una respuesta, los tres amigos decidieron volver a enterrarlo, pensando en las consecuencias que podría traerles tal magia. Lo dejaron en el mismo lugar donde lo habían encontrado y se marcharon del bosque.

Al día siguiente, los tres amigos se reunieron para tomar medidas sobre qué harían con el libro. Uno señaló que quemarlo era la mejor opción, otro dijo que podían borrar todos los deseos materiales que habían escrito y pedir otra cosa. Después de un rato, decidieron que era mejor quemarlo para que nadie con malas intenciones pudiera encontrarlo.

Desenterraron el libro y entre los tres escribieron un mensaje:

Querido libro de los deseos por cumplir, te pedimos amor, comprensión y paz para todo el mundo. Queremos que las personas aprendan a respetarse y a ser más generosas y amorosas con los demás. Asimismo, deseamos que nadie, con malas intenciones, encuentre este libro.

Al finalizar de escribir, el libro mágico se cerró repetidamente, como si estuviera aplaudiendo, y entonces escribió su página final.

Me complace mucho que hayan reflexionado acerca de los deseos que estaban pidiendo. Me siento satisfecho por ello y les aseguro que nadie volverá a encontrarme y que, con mi partida, lograrán lo que desean.

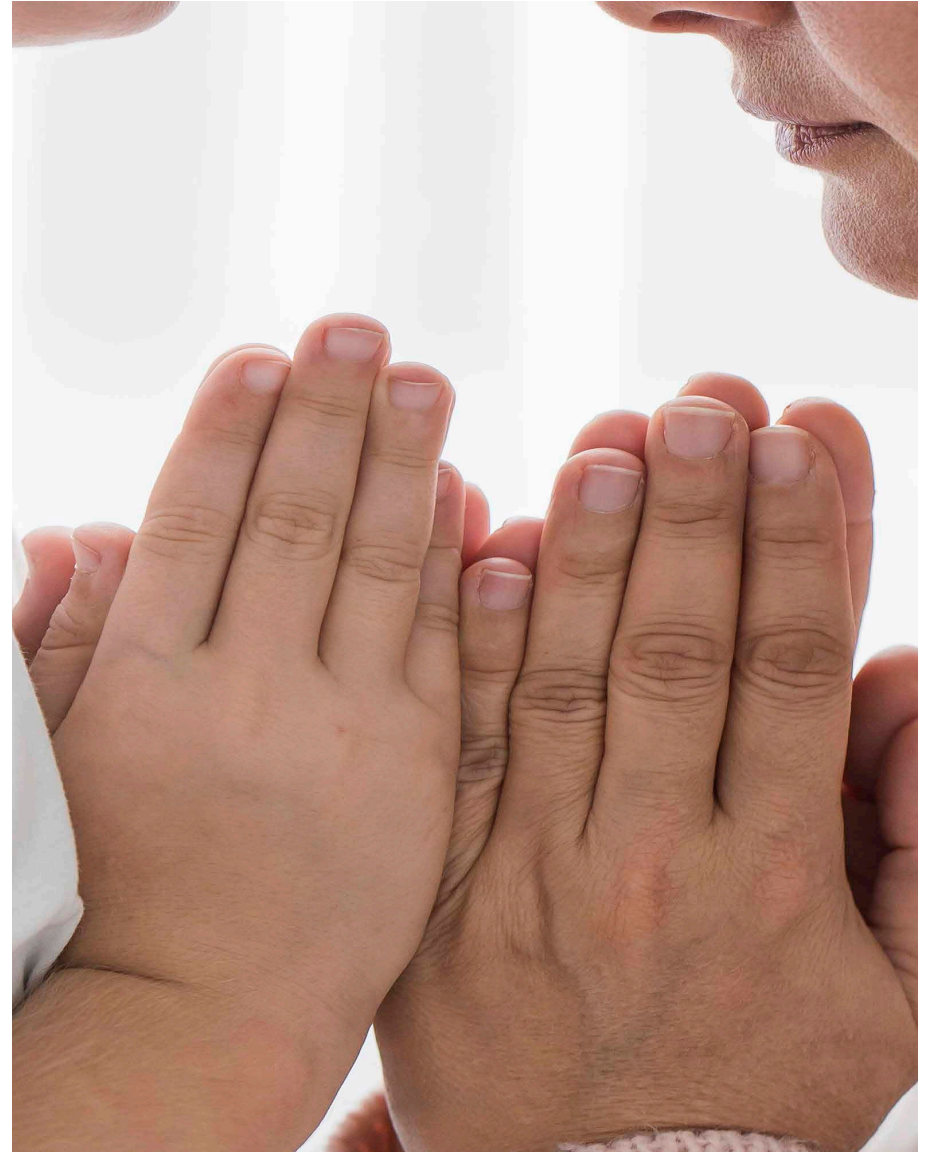
Diciendo esto, el libro comenzó a rasgarse poco a poco y se convirtió en pequeños pedacitos que se alzaron hacia el cielo, formando una estela con los colores del arcoíris. Los tres amigos se abrazaron y, no perdieron de vista aquel espectáculo.

Me dirigía junto a mi familia al velorio de la señora Anacleta, quien había fallecido de forma extraña. La encontraron tirada en el piso de la cocina con un tenedor clavado en el pecho, y el almuerzo servido. Algunos en el velatorio opinaban que Anacleta tenía un pacto con el diablo y que la misma había optado por no seguir cumpliéndolo. Acto seguido, Satanás había decidido sentenciar su muerte clavándole un cuchillo en el pecho. Esa noche escuché muchos rumores sobre el tema, pero el que más me dejó pensativo era que el diablo andaba suelto y en busca de un nuevo cuerpo para poseer. Empecé a tener miedo. No salía por las noches para evitar cualquier encuentro diabólico, sorpresivo.

Pasado un año, mis padres me llevaron a una fiesta cerca de la casa de la fallecida Anacleta. Recordé inmediatamente todo lo ocurrido, todos los rumores, pero debido a la comida, los juegos y el baile, me distraje y se me olvidó todo. Pasadas unas horas, mis padres decidieron que era tarde y nos marchamos. Tras unos kilómetros de caminata, de la nada, apareció Anacleta. Gritaba y gritaba: ¡quiero un cuerpo, necesito poseer un cuerpo! De inmediato, mis padres comenzaron a rezar y Anacleta a botar fuego por la boca y la cabeza hasta que desapareció. Más adelante, en el camino, un perro se nos cruzó. Se nos quedó mirando fijamente, comenzó a ladrar y su forma de perro mutó a la de un caballo gigante. También este lanzaba fuego por la boca y estaba cubierto en llamas. Esta vez recé con mis padres y, en el acto, la bestia de fuego desapareció.

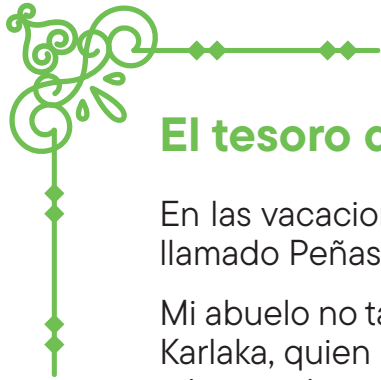
Llegamos a casa, inquietos y cansados. Decidimos, como familia, no volver a caminar por ese trayecto.

Anacleta en verdad tiene un pacto con el diablo. La vimos adoptar diferentes formas y lanzar todo ese fuego. Busca desesperadamente y de cualquier manera un nuevo cuerpo.



Calarcá

Isis Mariana Mancera Contento



El tesoro del Cacique Karlaka

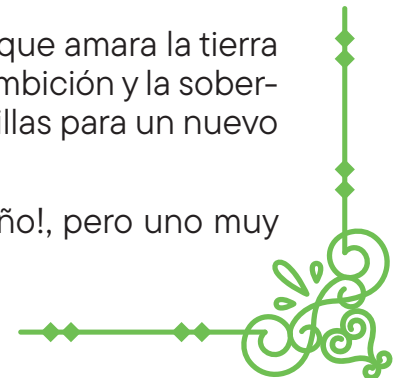
En las vacaciones pasadas, mis padres y mi abuelo me llevaron a acampar a un sitio muy especial, en Calarcá, llamado Peñas Blancas. Armamos una carpa para refugiarnos durante la noche e hicimos una hoguera.

Mi abuelo no tardó en relatar sus historias y leyendas, por ejemplo, una que habla acerca de un cacique llamado Karlaka, quien siglos atrás habitaba todas las montañas, especialmente las de Peñas Blancas. Uno de los tantos mitos sugiere que Karlaka se refugió en una cueva y, fue precisamente en ese lugar, donde ocultó todos sus tesoros. Hasta el momento, nadie ha podido encontrarlos.

Se hizo tarde entre leyenda y leyenda, y a eso de las doce el sueño me doblegó. Nos fuimos a dormir. A la mañana siguiente, muy temprano, desperté y salí de la carpa y pude ver que los árboles, las plantas y las flores vestían unos colores tan radiantes, que daban la impresión de que habían sido recién pintados. Todo olía a fresco y los aromas eran tan auténticamente naturales. En medio de aquel paisaje, pude ver a un hombre de aspecto fuerte, un tanto alto. Su cuerpo era dorado, traía una corona y unos brazaletes que resplandecían. Supe de inmediato que ese hombre era el cacique Karlaka. Se acercó, me abrazó y me condujo por unas escaleras que daban a una gruta. Bajamos por unos minutos; él narraba historias mientras descendíamos. Al final de la escalera apareció el gran tesoro, majestuoso, por el que se desvelaron tantas personas por encontrar, para hacerse ricos, con las ansias únicas de obtener poder. El tesoro estaba frente a mis ojos: un bosque inmenso, con árboles frondosos, flores multicolores, animales que creía extintos, aves, ríos llenos de peces de todos los tamaños y colores, todo conviviendo en perfecta armonía.

Karlaka me explicó que su tesoro sería entregado en el futuro a una generación de personas que amara la tierra como a su propia vida. Ellos serían los responsables de refundar el planeta, devastado por la ambición y la soberbia del ser humano. El cacique dijo que, en el corazón de Peñas Blancas, encontrarán las semillas para un nuevo comienzo.

Sentí que alguien me tocaba el hombro, di un salto y me desperté. ¡Todo había sido un sueño!, pero uno muy bueno y esperanzador.



Somos sujetos de historias
estamos hechos de experiencias
y memorias



Con el respaldo y experiencia de

